

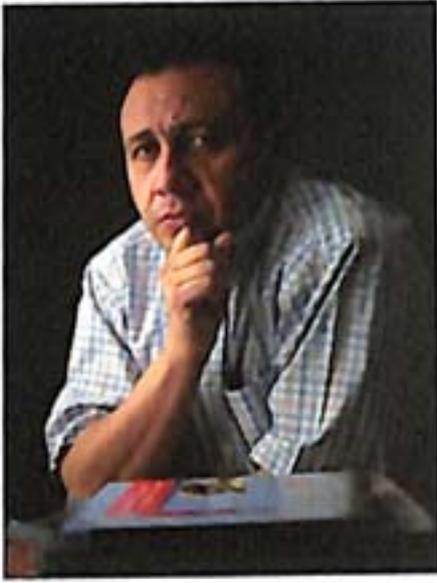
ROGER METRI

Como engañar a Bo Derek


Literatura
UNAM



TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM



ROGER METRI. Escritor, arquitecto, abogado, maestro de literatura, controlador de tránsito aéreo. Roger Metri nació en Mérida, Yucatán, en 1961. En 2001 publicó los libros *Los días sin nombre*, *En tu ausencia perdí un reino* y *El fulgor inmóvil*; en 2000, *La promesa infinita* y *La mujer que odiaba a los niños*; en 1998, *Nostalgia de la luz*; en 1996, *Las alas perversas* y *Obstinada costumbre es el silencio*; en 1995, *Naufragio de la luz* y *Certeza de lo frágil*; en 1994, *Nostalgia del sol*. En 2011 publicó en Ficticia, *Crepúsculo del Camaleón*, su primer libro de cuentos. En 1997 recibió la Medalla al Mérito Artístico en el área de Literatura del Gobierno del Estado de Yucatán, además de otros reconocimientos.

Cómo engañar a Bo Derek



Cómo engañar a Bo Derek

Roger Metri

Textos de Difusión Cultural
Serie Rayuela
(nueva época)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura
México, 2011

Ilustración de la portada:
“Encrucijada”, acuarela de Luis Alberto Ruiz
segundo lugar del premio Tláloc 2009
del Museo de la Acuarela del Estado de México.

Primera edición: 9 de octubre de 2011

D.R. © Roger Metri

D.R. © 2011 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
04510, México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

ISBN: 978-607-02-2738-7

ISBN de la serie: 968-36-3762-0

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin
autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

UNO

Nadie hubiera imaginado que Tino vendría desde España atravesando el Atlántico sólo para matar a Rubén. El mail por el cual se descubrieron era muy claro. Joven de diecinueve años, atlético, viajará a México para salvar tortugas en Colima en un programa de Greenpeace, desea conocer amigos en ese país con el fin de recorrer la nación y establecer contactos o algo más si es posible.

Y la foto fue obvia. Era rubio y de ojos claros, definitivamente bello, bermejo y semibarbado, mostrando unos músculos perfectos, abdomen de lavadero, piernas torneadas, en fin, un Brad Pitt en *Troya*, Voy a tener que pagarle el boleto de avión, la estancia, más lo que se acumule como el *Melate*, se quejaba Rubén, olvidando la vieja regla de Rusty Busty en *Flawless*, yu pey you love, yu dont pey yu dont love. No seas tonto, es un muchacho bellísimo, qué más puede costarte, pagas de cualquier manera la borrachera, el taxi, la cena y algún regalo, y si tiene mujer, algo para ella y los hijos, si hay hijos; aquí tienes el plus que todas las locas de la ciudad van morir de envidia, y las mujeres y hasta determinados closeteros. Ramiro, no entiendes, estoy cansado de que me bajen el dinero, de que me usen. Ok, si crees que vas a cambiar el cosmos, allá tú. Es así. Cuando somos jóvenes queremos cambiar al mundo, de viejos queremos cambiar a los

jóvenes. Ellos sólo quieren divertirse, como Cindy Lauper o no, pero en fin.

La foto quedó sobre la pantalla de la computadora. En la sala la película *Diez de Bo Derek*, el verdadero motivo para reunirse, esperaba en la imagen de menú principal. Salimos del estudio y llegamos a la cocina, Un whisky para discutir esto, Perfecto, un whisky.

Definitivamente hasta la madre, Ramiro, la misma canción. Rubén paga la cena, Rubén paga los tragos, Rubén paga el taxi. No quiero que siga así. Qué, por nacer loca se es pagadora sine qua non. No necesariamente, pero en el noventa y nueve por ciento de los casos acontece de esa y no otra manera. Pues qué poca manera. Basta. He dicho hasta aquí.

Rubén abre el Chivas, rompe el sello metálico con cierta desesperación haciendo rollito lo que envuelve la tapa y arrojándolo iracundo al cesto de basura. Coge varios cubitos de hielo del congelador y echa el alcohol. Falta el agua, yo lo tomo con agua natural, pero tú con agua gasificada. Vamos a tener que ir al autoservicio. Te lo comento yo, me dice en el camino ya en el coche, no en balde mis cincuenta y cuatro años de ejercer, y es como el cuento de la gallina a Dios, o me achicas los huevos o me agrandas el hueco, pero no podemos seguir así. Mira Rubén, de acuerdo, algunos días las cosas se ponen malas, realmente malas, sin embargo, creo que debes serenarte. Veo su cara de furia. La misma que le aparece, ya con frecuencia, en los momentos álgidos. Transitamos por el pasillo del súper, veinticuatro horas por supuesto, cogemos las aguas minerales y de nuevo a la casa. Debes serenarte. Y la cara de furia otra vez, mientras sirve los Chivas.

Tengo que hacer un *stand bye* en la cara de furia. Es importante que se los diga.

Hubo un tiempo en el que compartimos casa. Fuimos *roommates*, *roomies*, en pocas palabras. Un día llego por la noche del trabajo y zas, abro la puerta y veo cristales rotos por toda la casa. El florero de Luminac trizas en el suelo del *living*, el cenicero de Murano en dos pedazos en el comedor, las jarras en cachitos por la cocina y el agua corriendo hacia la entrada del garaje, los trozos de vidrio de las acuarrelas españolas por todo el pasillo y su habitación cerrada con llave. Imposible caminar sin hacer ruido y demoler más los destrozos al recorrer la casa. No era para menos el susto gracias al panorama. Y le dije, Rubén qué sucede, Rubén que ha pasado acá. Abre. Ninguna respuesta y el silencio que llenaba la casa en medio de la desesperación y el desconcierto. Ese silencio que es como ruido pavoroso, parecido al de la muerte, presumiendo de cierta desolación pero llenando el ambiente de una especie de incertidumbre. Me puedes abrir la puerta. No Ramiro, vete. Esto está muy mal, cómo quieres que me vaya. De nuevo el silencio. Un tiempo de espera y una respuesta detrás de la madera, Estoy mal, muy mal. He roto todo. Lo sé, lo veo, qué pasa. Es la pinche depresión, el malestar inexplicable, la soledad, el silencio. Y qué lo desató. Por fin logré que abra la puerta, Pero en qué estado te encuentras, de veras estás mal, y lo encontré con pedazos de vidrio sobre la cama encima de los cuales estaba sentado, pálido o flaco, no sé decirlo bien, como si no hubiera comido en días, no lograra bañarse en una semana y de pronto fuera la ruina de sí mismo, le cayó una terrible vejación encima o algo por el estilo, y la mirada perdida entre el brillo de su mirada, porque eso sí, brillaban sus ojos como soles frenéticos, como soles junto a esa ropa ajada, rota, alargada, estando casi poseído por no sé qué seres.

Había dejado la máquina para grabar la novela de las nueve, mi único entretenimiento, y los estúpidos del canal movieron la hora y el episodio final no se imprimió. Entonces tuve una ira increíble, descomunal, enorme, gigantesca, monstruosa, excesiva, mayúscula, vasta, inmensa. ¿Y todo por una novela?, tú no lo comprendes Ramiro, es mi única pasión, del trabajo a la casa, de la casa al trabajo, Es frustrante, ¿me entiendes?, frustrante. Vamos, acuéstate y tranquilízate. Su tensión era notable y la consecuencia corpórea, continua, relevante y nada remota. Un sudor rodaba por su frente y la luz con finas partículas artificiales minaban el rostro, casi nimbado por la rabia y la sangre corriendo presurosa en sus venas, Toma un poco de agua, le dije acercándole un vaso aún sin romper en la cómoda junto a la cama. Las sábanas estaban pegajosas y en desorden y sobre todo la noche se hizo ardiente más allá de la roja cara de Rubén quien trincó los dientes intermitentemente una y otra vez, no encontraba la normalidad presumible ni el duermevela. Unos relámpagos a través de la ventana advertían tormenta, Este tiempo además, le acomodé la sábana, le acerqué las pastillas del sueño que tomó a regañadientes, mientras yo iba de la habitación al baño, del baño a la habitación llevando toallas, trayendo cosas, limpiando estragos, Todo esto tiene una historia, decía entre balbuceos que se fueron apagando al efecto de los medicamentos, hasta convertirse en murmullos indistinguibles, sonidos huecos.

La historia de la ira de Rubén se remonta a cierto delirio infantil. Una realidad suplantada de manera sistemática que la imaginación a punto constante de desborde lo llevaba a viajes interminables que nadie creía. Por ejemplo, la idea inusitada de que alguien más alojábase dentro de él. Loca imagen de la definición de su persona, pero él asegu-

ró a toda la familia que había otro ser en él. De alguna forma una identidad oculta.

La ira estuvo siempre hospedada en Rubén. Una vez su madre le dijo, En esta casa mando yo, porque soy tu madre y se hace lo que yo digo, Pues yo soy tu hijo y el bofetón directo y sin escalas, como Aeroméxico, a cada mejilla del impertinente hijo respondón.

Otra vez, en vísperas del golpe materno luego de la contestación del hijo, sólo el intervenir de la Tía Eugenia, Pero cómo le vas a pegar al menor de tus hijos, Mildred, estás loca, Aquí la única loca es la ira que anda suelta por los pasillos de la casa, Eugenia, y este niño o aprende por las buenas o por las malas, sólo hay de dos sopas, y los golpes cayeron en las piernas de la Tía Eugenia, quien defendió al tal Rubén insolente.

Su madre decía que fue hereditario, Siempre perdemos los estribos, es un problema de los Monforte. Se disipan los controles y luego, al no saber manejar la ira, estallamos como única forma posible de sobrevivir. ¿Acaso no has experimentado en algún momento de tu vida un coraje incontrolable, Eugenia, independientemente de si está justificado o no?, A ver, Mildred, a qué te refieres con ira, ¿Cómo que a qué?, A ese sentimiento de desagrado en determinada circunstancia, desaparece la serenidad, bueno, nunca la he tenido, claro, y te impide actuar con entereza y un torbellino de alteraciones de conducta te acosan, lo deseas o no, sin poder manejar la emoción y te desbordas, arrasas con todo a tu paso, Mildred me asustas.

Esa conversación recuerda Rubén en un desayuno familiar en la mesa de la casa cuando era muy chico, Esa emoción

está siempre en nosotros los Monforte, esperando ser provocada para impulsarnos hacia todas direcciones, resuena en su mente la voz de su madre. Marcado por ese destino, Rubén entonces y ahora sabe que no es culpa de nadie, es una herencia esa reacción. Claro que podríamos decir que las personas reaccionan a diferente grados o niveles, o sea, uno se enciende de inmediato o tarda, dependiendo de lo intolerable que el suceso fuere, aunque he escuchado a personas que afirman que su carácter irascible no lo controla nada, y suelen consignar, ella es así, o él es así, pero cómo asegurarlo, Eugenia, cómo. No estoy de acuerdo con eso, más bien así aprendió a ser ella o así aprendió a ser él, Mildred, no te engañes. Esta discusión iba dándose lugar entre madre y tía en tanto Rubén observaba el cruce de palabras, Y lo que es peor, se va perfeccionando con el tiempo hasta convertirlo en una destreza inquebrantable, eso te ha sucedido Mildred, no nos hagamos tontas, si viene doña Eulalia a visitar, Quién es esa india, preguntas, qué quiere la ingente de don Fabián, sólo llega a molestar, Tía Rosalinda, nada, esa mujer es parienta de tu Tía Eugenia quien es su única y verdadera tía, no es mi parienta, no les toca de nada, les dices a los niños. Y así por el estilo. Lo airado en ti es una respuesta aprendida, No entiendes, la única forma que concibo de vida es esa, hay quienes son y hay quienes no son, punto. Ya sé que no pretendes cambiar, ni lo quiero, pero no me digas que es algo que no puedes controlar, porque eso es una enfermedad. Bastaba esa conversación de las dos hermanas para saber que Rubén tuvo razón en decir que era herencia. Eugenia, no puedes hacer gente a la que no es gente.

En eso estaba cuando le pregunté, Tienes que controlar la ira, echa un vistazo cómo has dejado la cocina, el pasillo, el cuarto, y lo abracé fuertemente, intentando que sus berrinches telúricos se aplacaran, no estremecieran más las paredes

de la habitación y el juguete rabioso que era su corazón fuera abandonado por esos demonios extravagantes que súbitamente lo cogían cualquier tarde o noche luego de esos crepúsculos delirantes y tristes que lo atacaban constantemente como si estuvieran contratados para perturbarle la paciencia, que no era mucha, y la cordura de Rubén, mi querido Rubén que se ponía igual a un vendaval irrefrenable capaz de estropear el mínimo adorno, cuadro, florero, tazón, plato, espejo o artefacto rompible de la casa, no sin antes dejar sonidos desarticulados, fungir el papel de insultos de su boca, gemidos irredimibles de un dolor insólito e irrefrenable, como una cicatriz en el alma que se hace manifiesta y se convierte en ese ventarrón repentino y destructor que es su ira. Allá estaba sentado sobre la cama, en el rincón de una almohada y todas las demás, de las muchas que tenía para dormir por la noche, revueltas en el suelo junto a la mesita de luz, viendo hacia todos lados con el brillo de esos ojos encendidos, ¿me dejas envolvete con los brazos para darte calor?, sí, eso es lo que necesito, y su cueva improvisada producto del paso de sus manos, brazos y cuerpo enfurecido, dejado caer en esa anemia extraña, con un deslucimiento notorio y perturbador, Cómo ha sucedido esto, cómo Rubén, No lo sé, sólo pasa.

Una vez cuando niño, deseé la muerte de mi madre, claro que luego arrepentido lo desdije, pero fue tanto mi odio, que me invoqué, Ojalá y se muera esa chingada vieja. Yo sé, es un pecado, he de condenarme en el infierno por esto, sin embargo era incontenible la rabia, Mira que no dejarme dormir con Mauricio, el niño más lindo de toda la escuela y por fin mi amigo, sólo porque tenía paperas, y luego Mauricio se metía a mi hamaca y yo con las paperas, ¿Te imaginas lo que Mauricio ya me quería para meterse a la hamaca conmigo y mis paperas?, Y las preguntas inoportunas de

mi madre, Qué viene a hacer ese Mauricio todos los días, tantas veces y, por si fuera poco, achocársete en la hamaca, No le han dado paperas, Sus padres saben dónde está, Cómo me molesta, qué cosas hacen, y tú con calentura y enfermo, Rubén, no entiendo. Pero cómo va a entender, vamos, Las madres lo entienden todo Rubén, todo, Pues no todo, porque no entendió que para mí lo más importante en la vida era Mauricio en aquel entonces, mira que venía de las mejores familias, como la nuestra, nacido intramuros en la ciudad, su padre un universitario, los mejores apellidos por ambas partes, y un rubio transatlántico, musculatura griega, ojos romanos, y tierno hasta la pared de enfrente, Te das cuenta, una oportunidad irreemplazable, Estamos de acuerdo, y mi madre con las prohibiciones, lo puedes creer.

Lo abrazaba en medio de sus temblores y la explicación del hecho que lo mandaría al infierno, o las razones de por qué tuvo sentimientos de odio a su madre, limpiando un poco los cristales que fueron apareciendo debajo de las almohadas y las sábanas, Las madres saben qué es lo mejor para sus hijos, Rubén, seguro pensaba en tu bien, En qué bien, estaba acaso pensando que Mauricio era el mayate que en el futuro me bajaría el dinero, Cómprame un Cartier, regálame el cinturón Calvin Klein, me gusta la pluma Mont Blanc que está en Sanborns del norte, Pues mi madre no estuvo cuando llegaron los que me pidieron la camisa Tommy, el pantalón Levis o los zapatos Keneeth Cole, el Honda del año o la camioneta para la esposa, ¿verdad?, allá me la rifé yo sola, así que no tenía motivos para evitar mi relación con Mauricio, que finalmente se convirtió en al amor de mi vida, ¿ves?, el amor de mi vida estaba siendo alejado de mí, cómo no quieres que me enfade. Vamos, tampoco el drama, Claro que sí, Mauricio y yo fuimos íntimos hasta los diecisiete, cuando me arrancaron de sus brazos para llevarme a estu-

diar a la Ciudad de México, ¿lo crees justo?, diecisiete años, los más ilusionados, arrancada como un cáncer que se extirpa, Y entonces esa tarde se produjo un silencio de sepulcro entre ella y yo. Al cruzarnos había un espacio vedado a las palabras o destinado a la indiferencia, y trataba de imaginar qué era discernir a esa cabeza taciturna que no me hacía el menor caso, aunque disfrazara con el mismo desdén mi comportamiento como si no la notara. El fantasma que era paseaba por la casa con una impunidad atroz, desquiciando las paredes blancas y luminosas de tristeza, porque en el fondo, ambos moríamos por abrazarnos y besarnos pero el orgullo, ese orgullo de los Monforte, no nos lo permitía, sólo pasaba entre nosotros un aire perdido por el cual hasta los pensamientos se pudieren oír volar, como si lo de adentro de cada uno fuera lo único que nos importara y un ensueño silencioso formase una muralla indestructible en nuestra contra.

Miraba los aires de juguete cándido transitar de la cocina a la sala, extendiéndose en su paso inefables pájaros callados, y con colores de estrella dibujaba el mutismo con el que me castigó inclemente, Qué calor hace, decía a los muebles silentes sin siquiera asomarme una mirada, siguiendo su trayecto de la sala a su recámara. Y yo quería penetrar esa cabecita y saber lo que sucedía en el espacio vedado para mí, Si yo pudiera. Entonces tomé el álbum de fotografías familiar y le preguntaba a la Tía Eugenia, Quién es esta niña, Es tu mamá, antes de la primera comunión, La misma que no me habla, La misma, Quién es esta otra, Soy yo, hicimos la comunión el mismo día pero en horarios diferentes. Una vez, me dijo la Tía Eugenia, seis meses no me habló, cruzaba junto de mí y viraba la cara. Tuve que pedirle perdón cien veces y aún así tardó una semana más para que me hablara, Entonces ya sé lo que me espera.

Y así fue, Mamá me pasas la mantequilla, y la mantequilla se acercaba casi sola y en mudez, Mamá te busca doña Jimena, Pasa Jimena en qué te puedo ayudar, y Jimena claro, era tratada como una reina mientras a mí me correspondía el silencio, ni caso, Mamá saqué un diez, y tomó la boleta, suspiró con alivio, me miró con un primer dejo de ternura en muchas semanas y al pasar sus ojos pequeños sobre mi cuerpo como si no lo viera, escuché su voz decir, Qué bien hijo, te felicito, estoy muy orgullosa de ti. Ya viste, te indiqué que tarde o temprano se arreglarían, la Tía Eugenia con abrazo de protectora acotó.

No hay diez que no contente a una madre. Claro que tuve que chutarme a un tal *Pedro Páramo*. Sí, el mismo del cual Carlos Monsiváis afirma que es la mejor novela del siglo veinte en lengua castellana, durante el programa de López Dóriga por la noche, en la opinión de, sobre *Pedro Páramo* que todos aseveran es la obra maestra, *masterpiece*, así le llaman, *masterpiece*, pero que la verdad, a los trece años, perdónenme pero hasta los *Cien años de soledad* garciamarquescianos son cien años de tortura, ¿no deberían acaso ponerle a los alumnos de preparatoria a leer esas novelas?, ¿por qué a los niños, no entiendo? Qué diablos tenía que ir a buscar un padre muerto nadie, que al final también está muerto y que se lo había prometido a una madre muerta, dime.

En fin, el pobre Rulfo seguro se siente apabullado en el cielo, porque opiniones no faltan aquí y allá. Por ejemplo, la estructura insólita de la obra de Rulfo que dicen, No es de Rulfo es de Chumacero, No, es de Arreola, El primero de estos rasgos asume plenamente el carácter de la novela contemporánea en América que, "como se sabe", se caracteriza por concebir la obra literaria como un ente autónomo, como un mundo cuya comprensión y aprehensión surgen

a partir de la coherencia interna de sus partes, rompiendo de este modo, radicalmente, con el carácter trascendente que tenía la novela moderna, en especial la mexicana, y de allá la hispanoamericana, bla, bla, bla, bla, O por ejemplo, los tres narradores presentan una constante en la elaboración de este tipo de lenguaje: la evocación. Efectivamente, son los recuerdos de otros seres vinculados directamente con el sentir de cada uno de estos narradores, los que en definitiva motivan la sensibilidad del relato que trasciende la palabra misma para alcanzar, a través de lúcidas y policromáticas imágenes, el cristalino virtuosismo del lenguaje poético.

Imagina todo esto en los primeros años de secundaria, ¿no es para ir al psiquiatra?, porque a esa edad, odié a *Pedro Páramo* y Juan Rulfo, y a Susana San Juan y todo Comala mismo, sólo porque estaban de moda en los años sesenta, y tuve que esperar treinta años, treinta largos años mi querido Ramiro, para que venga Monsiváis, Fuentes, Carballo, Monsreal, Sara Poot, Luis Leal, Rosa Beltrán, Poniatowska y otros tantos y así yo sepa de qué sopa se tragaba ese caldo. ¿No era más fácil tomarse unos whiskys?

Bueno, pues eso, un tal Juan Rulfo me valió que mi madre me hablara de nuevo y pagado el precio, tuve una vez más su palabra sacrosanta.

DOS

Todo empezó por un cabito de lápiz, Mira, tú puedes tomar mi cinturón nuevo para Navidad y estrenarlo o llegar un día y tomarte mi botella de whisky sin siquiera pedir permiso, y acostarte en mi cama, mi cama, a la hora que yo debo tomar la siesta, y como diría mi madre, cada quien en su casa y Dios en la de todos, Rubén veía con un furor inaudito a Víctor, Pero este cabito de lápiz sobre mi escritorio, escúchalo bien, éste, no lo mueves de su lugar, No se toca. Qué pesado te pones, ni que fuera la gran cosa. Tonto, es una metáfora. Además, ya estoy hartos de que vengas a mi casa, por qué no te vas a la tuya, ya está lista, amueblada, pintada, completa. No me grites, No te grito, y ambos gritaban. Víctor se fue a su cuarto, a su cuarto en la casa de Rubén, y azotó la puerta. Rubén lo siguió, ya con la furia, herencia de familia materna por delante, No aporrees la puerta, No la aporreé, y había azotado la puerta, por supuesto. Vete a tu casa, Estoy en mi casa, No, quiero que te vayas. Víctor abrió la puerta y le dijo, Tu problema es que te crees perfecto, eso, eres como Bo Derek. Y desde eso le decimos a Rubén, la Bo, la Bo Derek de Yucatán.

Aquí mismo, me dijo, y señaló ese pasillo junto a la cocina mientras asentaba los segundos whiskys sobre la mesa, Aquí me preguntó si se casaba con Adela, su actual esposa o se quedaba conmigo, ¿Y tú que dijiste?, Qué más, lo que

dice una loca, frunciendo el seño, *Vete con ella, vida*, como Angélica María, Ay Rubén, ¿o sea que ahora podría no tener los dos hijos que tiene y estar a tu lado? Sí, pero no, una no se puede permitir esos errores, no somos para un solo amor en la vida, *un solo amor no basta*. Por eso si vuelvo a nacer, quiero ser mujer, ¿Mujer? Sí, una mujer tonta, que no pregunte nada, que no se entere de nada, Qué no te oigan las feministas, Qué me oigan, ellas saben que mientras más inteligentes más sufren, deben trabajar mucho más a mayor independencia e igualdad, Qué machista tu discurso, Machista, demodé, pero real. Mira, Dios le puso a la mujer para el hombre, al hombre para la mujer, pero a las locas, ¿qué les dio? Los hombres pueden preocuparse por sus cosas cotidianas, fuera de ello, son como entes unicelulares, cumplir con sus funciones vitales y se acabó. Llevan la delantera, son prácticos. Si tienen un problema beben, tienen sexo o duermen. Las mujeres deben llorar muchas horas antes, sufrir y complicarse. Imagínate las locas, tenemos que fluctuar entre los dos. Como diría Rusty Busty en *Flawless*, *Hay que tener un par de bolas grandes para levantarse todos los días y vivir nuestras vidas*, y me miró fijamente a la cara, como el Puma. Creo que dramatizas y exageras. ¿Eso crees? A ver, dime, qué te parecía tu vida a los doce años, por ejemplo, dime, era muy fácil que mientras tus amiguitos ya estaban pensando en echarse a la noviecita tú estuvieras pensando en echarte al novio de la noviecita, ¿no te parece strange? En lo que los demás desde que nacen saben quiénes son y qué quieren (aunque lo duden toda su vida), porque está en su naturaleza, uno busca durante toda su existencia en medio de un silencio deslumbrante los signos de quién es uno y la respuesta sólo acierta a llegar tarde, con la fascinación del hubo, porque cuando miras atrás te han superado las expectativas de una forma hilarante. El tiempo siempre viene empujando, como la comparsa de un carnaval que no

cesa jamás, brutalmente. Es una evolución imprevista que no aminora, recrudece. El camino que tomes es el equivocado, hasta el más cierto. Tal vez por eso siempre nos sentimos solos. Ya sabes, todas esas teorías de los que juegan consigo mismos, más o menos como el *Asterión* de Borges, Jorge Luis Borges no José Luis Borgues; igual a la lluvia que cae y pareciera que es la primera vez, se deshace en el rostro sin vacilaciones, sin prisa, atropellando las mejillas burlonamente, tercamente. La lluvia que es el extranjero en un país remoto, exiliada, como una sopa de hormigas, pero en la panza. Por qué crees que *I will survive* es el himno de las locas y las mujeres. Eso vivimos haciendo. Sigues exagerando, Rubén. Mira tú, si estaré exagerando. Cuando ponen a Gloria Gaynor en una disco, jóvenes, grandes, hombres, mujeres y cosas, todos a bailar. Ya hasta los machines, bugas, cantan desgañitados que sobrevivirán, sobrevivirán, a quién, si somos nosotros y las mujeres los que tenemos que sobrevivir a ellos; malditos, ni con ellos ni sin ellos. Pero tú crees que todo es así de simple, se es hombre, mujer u homosexual y sólo a nosotros nos es dado la dubitación y la incongruencia, No del todo, tienes razón. Por ejemplo al pobre de Guillermo que o no da pie con bola o está salado, le ha ido como en feria, pero es una situación aislada no lo regular, el pobre se casó con la misma novia con la que ya había tenido problemas antes de casarse. Compró una casita en un fraccionamiento de estos modernones que se construyeron para las nuevas parejas al occidente de la ciudad, para poveretos, digamos, y amuebló muy *nice* y puso el baño más grande, con cochera techada y reja eléctrica, las puertas eran de roble importado, las ventanas tipo Miami en madera fina, y gastó el pobre todo lo que le restaba de dinero. La pintó con la ilusión de vivir juntos. Bueno, un gran día la novia y él se pelearon y como la casita, ya convertida en casota bien puesta, se escrituró a nombre de ella, pues

nada, que el Guillermo se quedó sin novia y sin casa, y por más que se fueron a los tribunales pues la cosa era clara, los papeles hablaban por sí mismos. Ella mantuvo la propiedad de la casa y él tuvo que irse a rentar un cuartucho en lo que empezaba a salir adelante. Y lo logró. Pasado el tiempo se compuso su vida laboral y qué crees, nos invitan a la boda del Guillermo, con pompa y circunstancia, con todas las de la ley, misa, fiesta, limosina, pajes, pastel, en fin, completa, o sea, regia, y cuando nos vamos enterando resulta la esposa la misma que le quitó la casa, para sorpresa nuestra y del mundo iluminado, la misma, qué te parece, Qué insistencia, por qué hacer tan mal dos veces lo mismo, Porque algunos se empeñan en hacer mal su vida, Ramiro, construyen las losas de su desgracia con esmero y otros lo contrario, peldaño a peldaño las escaleras de su gloria, así es esto, y Guillermo fue consistente en lo primero, se casó con la que ya había hecho mal las cosas y al final le resultó igual. Violencia intrafamiliar, despojo de la casa de nuevo, perdió la patria potestad del hijo y creo que eso es lo que más le duele por supuesto, amén que la cárcel y la manutención, en fin, un caos. ¿Verdad entonces que no sólo a las locas les va mal? No, en los bugas es la excepción, en nosotras es la regla.

Mujer, mujer tonta. Supe que no sentía en el fondo de su corazón lo que dijo en el momento mismo que miré sus ojos, Y qué pasó con Víctor, le pregunté, Pues lo que tenía que pasar, él hizo su vida y yo mal hice la mía. Aquí me tienes, vieja, borracha, sola. Bueno, tengo a mi hermana la escritora, o sea tú, que siempre me acompaña, claro. Pero yo necesito un hombre, como todas, las hermanas son un aliciente pero no una solución. Y últimamente tengo un deseo inaudito. ¿Y le has preguntado a Víctor que siente ahora por ti, veinte años después? Así pasen veinte años, claro que

no, qué le voy a preguntar. El hombre ha hecho su vida. Y yo la mía, y con esta calentura que me consume. ¿Será por la edad? Lo he notado, estás más lujurioso que nunca. No sé qué hacer. Me gustan los gorditos, los bajitos, los ricos, los pobres, hasta en los albañiles me fijo, y mira que fijarse en los albañiles para una *lady* como yo, No seas desprecia-tivo. Soy clasista qué le vamos a hacer. Estoy justamente como Dudley Moore en 10, persigo a lo chiquitos al grado de estrellarse en el coche, sólo que yo no soy tan tonta de colisionar a la policía.

Un día iba por Montejo y un chamaco, diecinueve años pro-medio, ya mayorcito eh, que pederasta nunca, me pueden llamar lo que quieran pero pederasta jamás; jeans apreta-dos, nalgas saltadas, cintura estrecha, tórax de caballo, bra-zos de Hércules, caminar de Travolta, pues ya imaginas, imposible no mirarlo y chiflarle. Entonces me detuve junto a él de un frenón, que él mismo se quedó sorprendido y paralizado, Estás rebueno papacito, fue lo único que alcan-cé a gritarle, y puse en marcha de nuevo el coche a una ve-locidad que ni la policía misma me hubiera podido atrapar, Sí claro, no olvido la vez que regresamos a aquel piloto a su casa más allá de media fiesta transitada, con todo el alcohol del mundo en las venas, luego de innumerables bailes travol-tianos, *More than a woman* diez veces, Donna Summer de la A a la Z, y yo sólo veía pasar a toda velocidad las luces de los otros coches, los anuncios luminosos de las panu-cherías y alguna que otra tienda, porque en aquel entonces no existía el súper veinticuatro horas, y justo cuando cru-zábamos Montejo en el entronque principal, donde el alto de los semáforos está más grande que en ningún lugar en la ciudad, allá tú te seguiste como Pedro por su casa, es más, el patio de su casa, ante la mirada atónita de la policía que ni intentó el más mínimo movimiento al ver que eras inal-

canzable, Sólo lo recuerdo al piloto decir, Creo que nos pasamos un alto, y las lágrimas y sollozos de la pobre Gilmeriana que iba atrás a mi lado, petrificada y gimiendo, Nos pasamos claro un alto y rompió en llanto la pobre desde ese momento hasta que volvimos a la fiesta, a la cual ella no quiso regresar, Llévame a mi casa, hoy pude morir en ese semáforo, Claro, eran las ocho de la noche, la hora de mayor tráfico, le dije, Pero no te preocupes, estamos vivas, Jajajaja, se oyó el estruendo de tu risa, Sólo los pavos se mueren en la víspera, dijiste osadamente. Sin embargo no es normal esto de la velocidad ¿o sí?, no sé, empiezo a dudar de todo. Me subo al coche, aún en sí, eh, sin una gota de alcohol, según yo voy a ir despacio, lo más despacito que pueda, y no he llegado a la esquina de la casa y cuando logro darme cuenta mínimo el velocímetro ya marca arriba de ochenta kilómetros por hora, y si circulo en la avenida o el periférico cien es lo menos. No vayamos lejos, mis viajes a Campeche desde y hacia Mérida, los doscientos y tantos kilómetros los recorro en menos de una hora quince minutos, a ciento sesenta claro, Pero qué atrevimiento, has enloquecido, No, es algo que no controlo, como la ira, una vez mi pie en el acelerador, la sensación rebelde de pisar y pisar más fuerte, sentir que las cosas, los postes, los árboles, quedan atrás estrepitosamente, es un placer que, bueno, para qué te lo cuento, como un orgasmo, Estás loca, definitivamente, No Ramiro, está más allá de mí. Una vez traía a la Tía Eugenia de Campeche a eso de los doctores, ya sabes, el oftalmólogo, el de la piel, los nervios, el control del sueño; con noventa años ya ves que el cuerpo falla por todos lados de la cabeza a los pies, la tía se durmió plácida sobre el asiento del copiloto, tranquila, tranquila, y se echó un sueñito de una hora y quince minutos como si nada, y yo volé como desquiciado o como si fuera a recibir herencia, casi lo mismo, no, y cuando llegamos le digo, Tía, pudiste ha-

ber muerto en el viaje y tú ni te enteras, Claro que me entero, pero prefiero ir dormida a ver tu velocímetro a más de ciento cincuenta por hora. Además, como te tengo confianza sé que no nos vas a matar y contra lo que Dios disponga ni que vengas a diez, Respuesta de la tía.

Rubén, ya vamos por el tercer o cuarto whisky y la película bien gracias, nos emborracharemos y de Bo Derek nada. Bueno, tienes razón, pero la idea de ver a la Bo Derek fue tuya, no mía. Pues comprobemos por qué te decía Víctor la Bo Derek de Yucatán. Por tonto, por qué más va a ser.

TRES

Dime qué vida está bien y te doy mi quincena completa, constantemente se escuchaba de Rubén. Con ello luchó contra los defensores de la felicidad y los académicos de la desdicha. Claro, los ojos iracundos de por medio. A ver, tú crees que Víctor porque se casó, tuvo hijitos y está con la mujer todos los días ¿se siente contento?, Para nada. Yo le autoricé que desposara a Adela, en ese comedor que estás viendo se lo dije. Esto afirmaba Rubén cuando la primera escena de *Diez* aparecía. No es la clásica. Dudley Moore, entrando a la casa del amigo y coescritor de sus canciones, es el afamado compositor George Webber, para una fiesta sorpresa por su cumpleaños número cuarenta y dos.

Esa estampa de la mujer perfecta, once, diría Webber a su psiquiatra, corriendo en las playas de Colima, le dio la vuelta al mundo e hizo de Bo un símbolo de los ochenta, Ramiro. Luego de ello, las mujeres blancas, negras, mulatas, latinas o de cualquier nacionalidad, se hicieron las famosas trencitas que Bo Derek sacó en la cinta. Perfecta, es la palabra. Hermosa a grado altísimo, dijo Rubén y puso pausa. ¿Otro whisky? Sí, por qué no. Te digo que ninguna vida está bien. Mira a Dudley Moore, lo tenía todo y estaba insatisfecho, Así pasa algunas veces, En fin, en nosotras las locas la cosa es peor, porque llegamos en la tercera nave, Qué tercera nave, La teoría de las naves Ramiro.

Primero llegó una nave de Venus, sin sentido práctico pero con mucha intuición y tranquilamente, hasta que casi cuando aterriza cunde el pánico y todas transitan desafortunadamente y los gritos no paran de escucharse, mientras los labiales corren por las bocas, los colchoncitos por las mejillas, no importa el aporreón sólo verse bella, así llegaron las mujeres. Entonces se les supone dulces y dedicadas, incapaces de actos grotescos, sumisas y de buena conducta. Una histórica oscuridad vestida de prejuicio les hace sentir la idea aparente de un obligatorio engrillamiento, posición de mediocridad, servidumbre, dominio o yugo. Es como un fantasma que las ha perseguido durante la humanidad. Nada que los derechos y la igualdad y no sé cuanta cosa más, la verdad es que ellas siguen el patrón que les han trazado los hombres, por más programas de emancipación que hayan armado las instituciones. Las han puesto como el mito donde se plasman sus esperanzas pero también sus temores y en estos encontrados sentimientos las muestran como sujetos de contemplación y su oponente, del incienso de los devotos a las tareas propias de su sexo, las hadas del hogar. Entonces son comprensivas, tienen un encanto inmenso, no conocen el egoísmo, descuellan en el arte de la vida familiar, se sacrifican y prefieren ceder a las necesidades o deseos de los otros.

Aunque había una competencia descarnada por bajar primero, se intercambiaban lápices de colores para la sombra de los ojos, se apuntalaron solidariamente, sonrieron; hasta que notaron la nave segunda a punto de aterrizar.

Un rayo de por medio y la segunda nave vino de Marte. Jugaban fútbol, dormían mucho, tomaron sin culpa ni complejos, se madrearon, se contentaron, hicieron las paces, cambiaban calzones sin prejuicios, algunos cuidaron la higiene

antes del descenso pero no soltaban la chela. Eran felices, hasta que aterrizaron y descubrieron lo que bajaba de la otra nave. Éstas son a las que vamos a pretender, han de lavar nuestros calzones, hacer la comida, cuidar a los niños llevándolos a la escuela, dándoles alimentos desde el seno hasta los días de la madre y la navidad, limpiar la casa, excluir la basura como lo pide la municipalidad y su departamento de recoja, ordenar la casa y la cama y debe sentirse dispuesta al amor cuando lleguemos y digamos. Um, pero nos van a causar problemas porque van a exigir dinero, coche, joyas y viajes. Bueno, si me deja salir con la secretaria sin chistar y se hace la loca, nos arreglamos. Y luego él creerá que tiene que ser pura, una dama, una *lady*, una señora o señorita, y debe ser necesario que, Yo soy quien le permitirá conocer su cuerpo, el que pueda localizar cada punto de su intimidad, ella no ha de tener la osadía de investigar sobre sí, compaginar la dualidad de su inteligencia y sus deberes de mujer porque es algo socialmente indebido, Menos lo permitiré en mi casa, La única cualidad femenina posible es la espera. ¿Y tú sabes lo que es la espera, Ramiro?, te voy a decir: es algo grave, terrible.

Pero eso no es todo mi querido Ramiro, piensan con fe inquebrantable como conducta aceptada moralmente, léase moralmente social y útil, la sumisión. Cualquier síntoma de independencia, libertad o autonomía; infunde temor a los demás involucrados de la familia, especialmente en el cónyuge o la pareja. Qué exagerado eres, ¡loca! Para nada, con estos preceptos la mujer construye el material para adaptarlo a su destino. Y su destino es tener un hombre que le dé un apellido, unos hijos, un apellido para sus hijos, como antes le dio su padre, así recibe su carta de ciudadanía y en la comunidad llega a ser bien vista. A partir de entonces la paga se vuelve infinita. Nutrir, cuidar, abrigar, velar y nunca se

lamenta, lo que la convierte en una acreedora impagable sin reciprocidad. No crees que exageras. No, te digo la verdad.

La tercera nave arribó de Júpiter. Allá vinimos nosotros. Caímos de golpe, zas. Pero en el tránsito nos divertíamos bailando, oyendo *I will survive, I will survive*, tragos innovadores circulaban, estolas, maquillajes fuertes, chaquiras y lentejuelas, trajes Armani, corbatas Versace y gastar siempre más de lo que gana, en fin, cosas sofisticadas. Gente disímbola venía allá. Una gordita estuvo de polizone en el compartimiento de equipaje con tal de ahorrarse el dinero del viaje. Desde ahora deambula por las calles con cincuenta pesos en su cartera para pagarles a los hombres sus servicios, aunque no siempre le aceptan tan endeble billete y les pide credimacho, según ella. Otra vino durmiendo, la muy floja, y hasta tuvieron que avisarle varias veces que habían llegado. Ésa sacó cinco mil pesos del cajero automático apenas descendió de la nave, para las primeras eventualidades. Pero la mayor parte llegó bailando, oían música y tomaron todo el alcohol que alcanzaba en sus gargantas y cantaban y cantaban *I will survive, I will survive*. Las más jóvenes no abandonaban el gimnasio durante el trayecto y no flirtearon con nadie sino con el espejo, viendo el abdomen desde todas sus aristas y en todos los espejos. A muchas las ponen en películas de Hollywood siempre de psicópatas, malandrinas, sidosas, acosadoras, *losers*, traidoras, cobardes, tristes y asesinas múltiples. Traen un slogan pegado en la frente, negadas para el amor. Mientras ellos van detrás de las mujeres, las mujeres van detrás de sus sueños y las locas tras de los hombres, Qué cadena de inadaptados, Sí, y todo basado en ese extraño sentimiento llamado amor, que es como una enfermedad. Primero te contagian y ves todo color rosa, cursi, emana un aroma del aire circundante dulce, sonríes por lo que sea, eres amable, en fin, el nirvana, las mañanas

son azules y luminosas, todo reverdece, miras el horizonte lejano pero no te importa, todos los males son superables, la vida brilla; luego viene la enfermedad propiamente dicha, tiempo juntos, tu dinero es de él, el suyo, si tiene, no, llamar por teléfono, pasar por él al trabajo, llevarlo por la tarde, regresar en la noche, comprarle las cosas que necesita y vivir su vida, hasta que te abandona por una loca más rica o una mujer de la cual dice estar enamorado, ja, dice, y empieza la convalecencia, larga, interminable, dolorosa, más que una apendicitis, y con muchas lágrimas.

Más que aquella durísima enfermedad tuya, ¿te acuerdas, el año pasado?, cuando inexplicablemente me llevaste a cenar sólo para decirme, Vamos. Cenemos en un lugarcito nuevo que descubrí pues tengo que contarte algo importante que no te diré acá en la casa, Pero qué misterio. Llegamos al restaurante que en verdad era mono, la comida sabrosa y los meseros de a diez, guapetones y claro, lo entendí, eran stripers, no olvido al que le decían el *oh my God*, por aquello de que vivía lejos, y zas, que me sueltas la bolita, Tengo cáncer. Un tumor en el cerebro, alojado a la mitad de la cabeza, del tamaño de un limón. Y sopas, el chorizo alemán se traba a media garganta. Bueno, pues el amor es peor que eso.

Insisto, tu discurso es altamente machista y mustio. ¿Machista?, já, eso es lo que sucede en la vida real. Salud, Salud, machista. Pero lo de tu enfermedad fue una cosa terrible, te lo guardaste y no dijiste a nadie, ni a tu madre, cómo puedes encerrarte tanto, No fue fácil tomar esa decisión, tuve que analizarlo mucho. Primero no quería que la gente empezara con eso de la compasión, me choca la compasión, luego se siente una como sucia, como que eres un apestado y no deseas que nadie te tome por un enfermo y en tercera instancia lo sientes igual que algo muy íntimo, ¿acaso las vio-

ladas van contando su quebranto por las calles del mundo? ¿No, verdad? Pues yo también, era un profundo efecto de intimidad cuyo principal valor era el secreto, no quería compartirlo con otros, ni con los más íntimos. Así me pasé la maestría completa, viernes y sábados entre dolor de cabeza y faltas, y el coordinador preguntaba por qué no viene Ramiro, es muy buen estudiante pero falta mucho, Y yo cómo le digo. Hacía los trabajos en medio de fuertes jaquecas y contra viento y marea. Extenuado porque no tenía licencias médicas ni para el trabajo, pues me propuse la tarea de salir adelante por mí mismo, y bueno, hasta que llegó el día, irremediable del plazo que se cumple, de la operación. Imagino que si eres una loca povereta, sin un céntimo, pues tendrás que ir al IMSS o al ISSSTE, para mi suerte he pagado, no que sea rico, mi seguro de gastos médicos mayores puntualmente cada año, así que mi médico me mandó a Guadalajara a ver al mejor especialista en tumores en el cerebro, un oncólogo reconocido, y fue él quien me dijo que me operaría en Houston, mediante un sistema láser que no hay en México, y así fue que no tuvieron que abrirme la cabezota.

Ya basta, al chorizo los pastores, se acabó la navidad, diría mi Tía Eugenia, ni una tristeza más. Recuerda que nos dicen gays precisamente por transformar nuestras desgracias en alegría, Gays, Alegres, recuerda la escena de *Filadelfia* donde Tom Hanks está cantando el aria de *Andrea Chénier*, *Yo soy hija de las llamas, yo nací del fuego*, Se abstrae por completo ante la mirada atónita de Denzel Washington que estuvo más preocupado por el interrogatorio del día siguiente el cual era definitivo para su defensa y le bastó ver a Hanks en su papel dramático cómico, paradójico, contradictorio; suficiente en términos argumentativos con el que tomaría acción en el juicio, mismo que ganan. Toda la pe-

lícula la postura de la gente gay es justamente la paradoja entre el drama y la alegría. Tenemos el ejemplo, también, de Rupert Everest cuando hace con Julia Roberts de su confidente en *La boda de mi mejor amigo* como le dice al final *Bond, Jane Bond*, o en el restaurante pone a cantar a toda la familia de la novia aquella famosa canción sesentera que recoverearon en los setenta, ochenta y noventa, bueno ya lo hacen de costumbre dime los raperos, hiphoperos y la misma Madonna, nuestra reina y Diosa, como refritea pero que bien lo hace, For ever and ever and ever, o él mismo con la reina Madonna en *Nadie es perfecto*. Continuemos con la peli, para ser felices, Ajá.

Y tomamos asiento para ver la película.

CUATRO

Qué pasó con Tino. Pues nada. Otra loca con más dinero se lo ganó, es la única explicación. No sé si será una loca menos gorda que yo, pero con más dinero sí. Y dale con el sobrepeso. No queda más remedio. ¿Has visto que últimamente el gimnasio es lo más importante para todos? Mira. De perdis la gente hace Pilates, cuando mal le va, aunque es más caro y *nice*. Pero lo usual, de moda, chic, es el gimnasio. Ya no vemos a los gays levantando banderas de democracia o valores civiles, ni libertades, qué sé yo, una Virginia Woolf buscando el voto de la mujer y la igualdad laboral, Margarita Yourcenar y la opción por decidir el placer que uno quiera, Safo haciendo versos impertérritos y bellísimos, Kavafis para defender el cuerpo y los recuerdos del cuerpo e Ítaca, no, ahora lo de moda es el gimnasio y vomitar, Qué, Sí, vomitar, si no puedes ir al gym, pues vuélvete bulímica. Tú sabes todo lo que la gente gay le ha aportado a la humanidad, A ver, un conteo rápido, no hablemos de los persas quienes sabían divertirse muy bien con sus eunucos, y si no que lo diga Bagoas. Todos esos maquillajes exquisitos y perfumes exóticos, la pluma, la pedrería impactante en joyas extravagantes, qué felicidad, Todos eran flacos.

Ramiro miraba por un momento, casi incrédulo, el rostro de su amigo, como queriendo saber si le tomaba el pelo o caía en el sarcasmo acostumbrado. No, no me veas así, te lo digo

en serio. Tú no has visto lo flacas que están todas las artistas en la alfombra roja. La Kidman un palo. Y la lista, bueno pues, la misma Renée Zellweger, Charlize Theron, Penélope Cruz, la Hayek, Halle Berry, Paris Hilton, Julianne Moore, Scarlet Johanson, Jennifer Garner, Uma Thurman; todas flacuchas, debilonas, como garzas, flamencotas, ya sabes, tucún, tucún, con el filo de los tacones llenos de diamantes y otras piedras. Y qué es lo que hacen, pues vomitar cuando comen una caloría más de lo permitido por su nutriólogo, corren al baño y a sacar las doscientas cincuenta y un calorías porque se han pasado por una, todo para verse bien en la alfombra roja o en la pasarela y salir bien en la tele cuando digan *and the Oscar goes to*, y los aplausos a su flacura. Yo también era flaco cuando joven, tenía los ojos color agua como ahora, sólo que vivarachos, y caminaba por el malecón como por la alfombra roja, el mar me cantaba un poco por las tardes y salía impasible y rozagante, eso no lo tienen esas perrunas, por muy divas que sean, pasan entre gritos y flashes, no entre la brisa y el aroma de piélago. Tenía escasos dieciséis años, cuando cursivamente se tienen todas las ilusiones que una loca puede tener. Un chico a tu lado fuerte, erguido, guapo, la envidia del puerto. Las quinceañeras venían a pedirme a mí el permiso para que sea su chambelán, ¿lo puedes creer?, a mí. *A touch of mink*, te das cuenta, la clase y el estilo. Se llamaba Mauricio, el mismo de las paperas, y nada mejor me pudo haber pasado en la vida. ¿Y lo amaste mucho Rubén? Mucho. Tanto que ni siquiera fui capaz, nunca, de tocarle aquellito. Por las mañanas, en vez de entrar a clase, me robaba el coche de la Tía Eugenia y nos íbamos a la playa más al sur del puerto, y allá él era sólo mío, con otra pero mío, diría Paulina Rubio, la Pau-latina o la paulatina, en fin, y le ponía el bronceador por la espalda donde no alcanzaban sus manos y luego dejaba que le pusiera en los hombros y los brazos, el pecho y

el abdomen, oh, y bajaba hasta la parte más alta del pubis pero nunca tuve el valor de meter mi mano a su bañador a pesar de verlo excitado, Boba, No me digas así, que estoy sensible, Ok, pero fuiste muy boba, En fin, y giraba para que le pase por las piernas, qué piernas, señor, qué piernas. Las manos no paraban y se derretían antes de las curvas de las nalgas y de regreso a los tobillos y giraba otra vez para quedar boca arriba con el gran paquete expuesto como el mástil de un bergantín cuando asoma a tierra. Tierra yo que me desleía, tierra yendo a su abismo, luego nada. Tierra sola. Ponme en las piernas adelante, más, me dijo, más y esas torneadas vasijas se abrieron ante mis manos temblantes, Tierra temblante, y sin gemidos se estremecía y aguardaba mi caricia en el sexo pero la caricia fue veloz, imperceptible, superficial, porque en el fondo un pavor tremendo aturdió mi mente y no permitió nunca que yo lo toque en el sexo excitado, enhiesto, duro para mí, para quién más si estábamos solos, pero ese pavor me detenía justo sobre su bañador, y por más que se alzaba un poco como para que mi mano roce su endurecimiento en el crucigrama de mis caricias, y luego yo entro al mar para aplacar mi calentura, porque hiervo como un cafetera eléctrica que no ha sido apagada durante todo el día. Una vez tomamos unas copas durante la tarde, fuimos hasta el morro en el coche de la Tía Eugenia, y desde allí, donde se puede ver todo el puerto. Las playas de poca arena y muchas piedras, no son las más bellas del país ¿verdad?, pero cuyas olas son suaves y lánguidas, sobre todo en la mañana, se vuelven casi imperceptibles, y se dibujan de tal manera que simulan una seda con un brillo generoso, que agradecen los ojos, Qué hermoso Rubén, nunca lo había pensado así, para mí era el pinche mar y ya estuvo, No querido mío, y si se está con el chico ideal, para qué te cuento, el mar de Campeche es una postal. Sentados Mauricio y yo en el borde de la muralla, como

te decía, teníamos unas cervezas a un lado y mirábamos al horizonte. Qué quieres ser de grande, me preguntó, No tengo la menor idea, la más mínima. A veces pienso que me gustaría ser médico, por eso de que, uno, se gana muy bien, no conozco un solo doctor que no gane cuando menos para vivir mejor que la media nacional, le dije utilizando mi mejor léxico, y dos, porque viajan mucho y a mí me gusta har- to viajar, quiero visitar Londres, París, Madrid y Roma en Europa por lo menos, Egipto, Argelia y Marruecos en África, Israel porque Tierra Santa debe ser un viaje obligado para cualquier católico así como el Vaticano, y yo lo soy Mauricio y tú, ¿qué quieres ser de grande?, Dentista, como mi padre y al igual que lo fue mi abuelo, es una tradición que no puedo romper, estoy obligado a ello y me gusta, no creas que es un sacrificio. Ay algo más grande y promete- dor en lontananza de este mar, lo sé, otros universos, gente interesante, no todo puede ser Campeche y su pequeña ba- hía, si existen buques transatlánticos por qué mirar estos diminutos barcos de pescadores ribereños, o comer pargo y boquinete cuando la merluza y el salmón nos esperan en litorales apartados, Pero acá me tienes a mí Rubén, recla- mó sin mucho aire Mauricio, Sí, pero qué esperanzas tengo si tarde o temprano encontrarás una mujer para fundar una familia y vendrán los hijitos y esas cosas de adultos aburri- dos, y el trabajo, los gastos domésticos, el trajín cotidiano y yo, pues quedaría en el margen como es costumbre de es- tas historias, no Mauricio, tendré que irme, antes de que suceda todo esto, debo partir.

Y Rubén se fue de Campeche. O mejor dicho, se lo lleva- ron. Como era muy flojo, su madre le propinó tremendo castigo por tronar varias materias en la prepa y lo manda- ron para el DF, para que terminara la escuela malograda en la península. Eso le hizo sufrir, por un lado la ilusión de aban-

donar la provincia, deseo que le surgió de lo más profundo del corazón, y por otro un desgarramiento terrible de todo aquello que le significaba tanto: los amigos, las costumbres, sus raíces, el amor. El amor en forma de un joven hombre. Mauricio ya cumplía los dieciocho y Rubén los diecisiete. La mejor edad del amor.

Llegar al DF no fue la cosa más fácil, repetía una y otra vez Rubén mientras preparaba los whiskys, que se pueda pensar Ramiro, se requieren huevos para que a esa edad uno vea, por muy bella y sublime que fuera la Ciudad de México de los años sesenta, con ojos color de rosa el cambio. Siempre he temido los cambios. Cuando niño al acercarse junio, no eran los exámenes, qué va, si yo copiaba a los demás con un cinismo inaudito que los mismos maestros no daban crédito a sus ojos, preferían evadirme, fue la sensación de que el año acababa y los amigos se irían y yo me iba quedando solo y que todo cambiaría, lo que puso cada junio en mi pecho un corazón angustiado. Un corazón hueco en junio. Y luego mantenía mi soledad dos meses hasta la nueva incertidumbre de septiembre para entrar al nuevo ciclo escolar. Así que llegar a la ciudad más grande, complicada y, por qué no decirlo, también divertida del país, tuvo sus enormes desventajas y algunas ventajas. El cambio significó días de depresión, no sólo por la falta de amigos, sino porque ya amaba a Mauricio, a pesar de no haber tenido relaciones sexuales, Cómo que nunca te lo comiste boba, No, jamás lo toqué ni le hice nada, no tuvimos ningún tipo de relación carnal, si acaso abrazos, Te voy a cachetear por tonta, cómo, qué bruta, Nada, estuve enamoriscada, no lo entiendes, No, Rubén, no es posible, Está bien, cuando termine la anécdota me pegas, ahora escucha. Los recuerdos son un tormento a distancia. Mientras más lejos estás del ser amado más duele. El recuerdo es en realidad una cuchilla

que va rebanando el cerebro con una suavidad que aumenta hasta convertirse en una sierra eléctrica en lo que el día crece. Tortura en ascenso. Para una capricornia el recuerdo es el destello de una lanza cuyo filo corre por la sien sin ninguna bondad, acero de medusas que destila leches sinuosas, densidades vidriantes de contorno amenazador. Tortura de agua filosa. Danza sobre mi cabeza con su brillo mortal y su bálsamo de muerte. Mauricio sin mí. Yo sin Mauricio. Aflorescencia de ausencia en la gran ciudad de cristales y cementos geminados. Nunca fue un deleite aunque sí una aventura. Extrañaba a Mauricio lo mismo una tarde que en la efluvial noche. Iba por la calle a la escuela, añorando esos días de playa y el bronceador sobre su piel. Casi sentía el aroma de su piel combinado con el del bronceador. Casi tocaba su piel en el aire helado de enero en el DF. Pero era el invierno capitalino, y no había motivo alguno para regocijarme. Y yo estaba flaca, como Winona Ryder.

CINCO

Esa fue la vez que me diste la dieta brutal y cruel para bajar de peso, Rubén, no lo olvido. Era la dieta del odio, Por qué, Porque parece que odias a la persona a la que se la recomiendas. Sí se puede tomar o comer: agua, jugos y refrescos de frutas naturales sin azúcar, té (todos, menos negro), caldos sin grasa, cereales, gelatinas *light*, verduras crudas o cocidas al vapor, frutas de la época, pollo cocido o a la parrilla sin piel, pescado al vapor o al grill, soya, Qué cosas tan horribles para comer, Calla. Está totalmente en prohibición: bebidas alcohólicas, refrescos embotellados (incluidos los bajos en calorías), azúcar, miel y similares; café y chocolate, todo lo derivado de la harina y el maíz, la leche y productos lácteos incluidos los yogurs, golosinas, frituras. Únicamente la primera semana es posible consumir con moderación sal, azúcar y tomar leches *light*, café o yogurs, y los cereales se deben tomar con jugos de fruta o agua, los aliños permitidos son limón y lima, naranja agria, vinagre y especias. Al cocinar utilizar la menor cantidad de sal y evitarla como aliño, y muy importante, comer tres platos de frutas de mediano a grande, variado, tres veces al día, No quiero que me avisen, Se desmayó la Ramira, como tapa de escusado, tah, en medio de una plaza comercial mientras muy chic hacía sus compras de depresión. En la comida principal invariablemente incluya verduras porque son las alimenticias y nutrientes, así como antioxidantes. Se puede incluir una fruta

entre comidas como tentempié, Más frutas qué horror, ¡Calla! y, finalmente, ingerir dos litros de agua al día al menos, además de las bebidas y jugos tomados, Qué dieta, para enfermos de hospital, me recuerda la apendicitis, Es para eso, para quedar como Paris Hilton, Britney Spears, Christina Aguilera o Madonna. Pero es para morir de hambre o ser un conejo, ardilla o herbívoro de campo, Es sana, desintoxica, y no puedes trampear Ramiro, nada de trucos y pecadillos, porque entonces no sirve de nada, mira que le hemos dado a estos cuerpos un mala vida de aquellas, para qué te cuento, alcohol, grasas, taquitos al pastor, chilaquiles, cochinita, lechón al horno y no sé cuánta cosa más.

Dios mío, va a ser peor que en la clínica. Ni modo, todo por la figura, recuerda que las gordas han pasado de moda. ¿Cuando vas a la disco cómo están las niñas y los chicos que asisten? Flacos, lo tengo que aceptar. Y tú ya cuarentona debes de ir a la *mode*, delgada, sílfide, etérea, despampante, ¿o crees que los muchachos se van a fijar en ti, vieja y gorda? Pues no sé, parece no interesarles el físico en uno sino cuánto les puedes ofrecer, en qué los puedes ayudar, para qué eres útil. No, la moda es la belleza, el gym, lo que posees, lo útil sólo le sirvió como voto a las elecciones del dos mil, y ya han pasado de boga, lo de ahora es lo minimalista, ¿ok? Key, key Marce, key, key, como en *Bety la fea*.

Además, te espero todas las mañanas a las nueve en la casa. Compré una caminadora computarizada ultramoderna, con todo lo más nuevo en tecnología que te dice el tiempo que llevas caminando, la cantidad de grasa que has quemado en gramos, las calorías consumidas durante el recorrido ficticio que has hecho y la velocidad a la que caminas o corres.

Treinta minutos al día y tu cuerpo volverá a ser el de una barbie. Como cuando la boca se llenaba de saliva al ver a los chicos, la punta de la barba filosa para terminar las mejillas alargadas se abría a la negrura de la noche, los ojos brillaron al cubrir el hueco del azote que el deseo ante el otro, el igual, con su dorso vibrando te flagela. El fogón de los años mozos.

Pero qué difícil es regresar a ello, ¿no sería mejor olvidarse de las frutas y regresar a las grasas saturadas?, los chocolates ricos en azúcar, las frituras de sabrosas harinas, los refrescos gustosos de gran valor en carbohidratos. No, Ramiro ¿sabes que la enfermedad número uno de este país es la hipertensión, el asesino silente, y todo se debe al sobrepeso?, No, quién dijo. Ramiro, sale en la tele, en los periódicos, en los carteles de los hospitales, en todos lados. La cintura de los hombres debe medir noventa y seis centímetros como máximo y la de la mujer no mayor a ochenta y cuatro. Además se incluye por razón del volumen excedido un encolezado número de diabéticos, paros cardíacos, problemas de circulación, falta de aliento, neuróticos, infelices, traumatizados, obsesivos, deprimidos, agresivos, maniáticos, y lo peor, hacen infelices, traumatizados, deprimidos, obsesivos y agresivos a los que están a su alrededor.

Mira, de enfermedades no hablemos, que hemos pasado por todas. Inclusive el no padecimiento aquel que tuviste al ingresar a la clínica para que te chequen, y estabas más sano y corpulento que el muchacho que en aras de empujar la silla de ruedas, ah!, uhm! Se quejaba el pobre, Desde las de hospital hasta las que han llevado a la muerte. El sarampión y los cuarenta días que te tiró a la cama Rubén, Sí, uno empieza a sentir picazón en la piel por todo el cuerpo, y calor, mucho calor, no es posible hallar una posición

cómoda para dormir y las vueltas a la izquierda, las vueltas a la derecha, inconforme en la cama, el sofá o la hamaca, y rascas un brazo, una nalga, el ombligo, un pezón, la otra nalga, la panza, el ojo, la cabeza, los cachetes. Sin conciliar el sueño la mañana arriba y al mirarte al espejo qué espanto, una invasión de ronchas ha asaltado toda la piel de todo tu cuerpo, minando desde lo más externo a lo más íntimo, la ingle, el escroto, el ano, en fin. Luego cuarenta días de convalecer, atado a una cama, comiendo gelatinas, licuados y pastillas, tomando agua como camello en el desierto del Sahara, leyendo novelas voluminosas para consumir el tiempo, es lo insuperable que se posee, el tiempo, que pasa lento y eludiendo la realidad entre una luz a oscuras, con fiebres que van y vienen, sed, temblores, la vaquetona, sentía escalofríos y furia, siempre la furia inexplicable.

SEIS

El día de la madre, ¡Ay! Ramiro, cómo voy a olvidarlo. Nunca superé la furia de no poder despedirme de ella. La causa, un regalo. El de mi hermano Jorge a mi mamá. Llegó como una caja de Pandora posmoderna. Una caja de Pandora al revés. Jorge había dejado el televisor Sony Wega, 21 pulgadas, sonido estéreo, pantalla plana, a colores, control remoto, nuevecita, sobre la mesa del comedor, a manera de sorpresa. Mi madre no estaba en casa. Sería un asombro impagable para la anciana que salió a comer con una de mis hermanas bajo el noble fin de que no llegara la marabunta acostumbrada de los diez de mayo clásicos. A Jorge le pareció mejor idea. Que nadie de la bola de yernos conchudos llegase para comer gratis, que coman los nietos, ensucien platos, tenedores, cucharas, cuchillos, vasos, ollas, sartenes, servilletas, manteletas individuales, tazas para café, platicos de pastel, platería, loza y el resto de los utensilios de cocina con los que se festeja el día de la madre en su casa. Ya basta de regalos de a peso a cambio de comida de restaurante. Y el trabajo incanjeable de los setenta y nueve años de cuidados que se pagan con nada en esta vida a cambio de unos abrazitos de pacotilla. Y luego quién lava los trastos. ¿Hoover? Quién pone después en orden la casa. Jorge pensó que lo resuelto por Julia, la hermana menor, era la decisión correcta. Ni vuelta de hoja. Cómo dejar de lado el día de la madre pasado cuando le preguntó, Qué tanto haces

mamá, Pues la comida de mañana que vienen todos a almorzar para festejar conmigo, hijo. Ah. La comida del día de la madre. Jorge imaginaba el pastel favorito de Lucila, que se lo come ella sola, entrar por delante de los primeros nietos. La botella de whisky que tomaría completa Ignacio en el mismo momento que la asiente sobre la mesa. Los presentes que van y vienen. Anabel dejaría como siempre el precio de su regalo debajo de la envoltura para que constara lo gastado y la suegra pudiera verlo y de ese modo saber que siendo la más rica tendría las atenciones y las presizas. Mientras mi madre tuvo que preparar el pavo relleno en vino, la ensalada, desde el lavado de verduras hasta partirlas finitas, el frijol freído y el aplastadito a mano, poner la mesa y acelerar como Ana Gabriela Guevara de la cocina al comedor y viceversa.

Esto fue mucho antes de que el fraccionamiento Las Arboledas, construido en la antigua protectora de animales del patio, tuviera aquella gresca otro diez de mayo entre hijos y vecinos. Mi madre dijo que eso no pasaba hasta que construyeron las casas de interés social y cómo imponía la abuela su criterio entre las nueras, Se hace gente a la que no es gente o, Todos somos iguales pero no somos iguales, La ley es una cosa pero la realidad nos hace diferentes, y afirmaba que la Biblia misma en la Parábola del hijo pródigo, Muestra a dos seres distintos procedentes del mismo padre y, Les recuerdo a todos que ya la edad hace mella, En mí pesa el miedo, la soledad con séquito, estos que se llaman a sí mismos nietos, bisnietos, vecinos y demás, sólo me hacen sentir más vieja y sola, miedo a la muerte y deseo por ella, pues la edad me va mordiendo los pellejos, el corazón y las entrañas, la boca demolida y sin cerezos, la carne que cuelga como el agua del rostro del cielo en una noche de lluvia furiosa, cae, cae cada vez más renegada, Y al hablar se le

ponían las venas azules, hinchadas, ennegrecieron, cambiaban de tono como su plástica, a saltos, entre olvidos, una ciudad era otra a la luz de un suceso equivocado, La Plaza de San Marcos en París, La Puerta del Sol en Londres, las falanges de la República defendiendo Lourdes, El obelisco en Suiza. A pesar de eso decía cosas sabias, dentro de las líneas, El que no oye consejo no llega a viejo, por ejemplo, y resonaba las cosas más tristes de su vida como el jueves que atropellaron a la niña del vecino cuando jugaba con su muñeca, Se le había caído, La calle recién pavimentada que inauguró el alcalde, Un camión de refrescos le pasó encima de la cabecita porque el conductor no supo que la niña del vecino, la pobre nena de tres años, estaba justo bajo la llanta, y el neumático le hizo trizas la mollera, Contaba algunas cosas felices también, Nadie era más bonita que yo en los bailes del Campestre, nadie, tomaba una cerveza Montejo yucateca, sin que ninguna otra muchacha en la fiesta pudiera hacerlo, y bailaba con el general y fui la envidia de ricas y desclasadas, Y en eso empezó a ofender a las nueras y ponerlas en competencia, Que es lo que dice Eugenia de ti Isabel, que eres una desclasada, y los maridos y los vecinos ya borrachos a pelearse No puedes permitir que Juan recién llegado te diga cuándo un coche se compra a plazos o de contado o, si tienes coche o volkswagen, recordaba mi madre con la expresión dulce que durante los muchos años de su vida ha mostrado en la casa que ha albergado a los amigos y los amigos de los amigos de sus hijos, a nosotros, en fiestas interminables donde recogía a los bebidos, a los dormilones, a los peleoneros, y acababa limpiando los desastres y los vasos, la mesa y las botellas vacías, los zapatos regados, algunas camisas y, El desayuno está listo muchachos, vengan que se enfría. Nunca se le quitaba esa expresión suave en el rostro ni cuando llegábamos a visitar ni al irnos, menos estando en la casa, o si por algún

motivo ibas a pedirle consuelo, Mi hijo las cosas son así y no de otra manera, Dios lo ha dispuesto mi niño, Mira que hay cosas más terribles en el mundo como Biafra, Bosnia o Somalia, No te vayas lejos los chamulas en Chiapas, qué pobres, qué desamparados, cuánto trabajan y sufren las consecuencias de los malos gobiernos. Una señora buena, de buenos pensamientos, de mejores acciones, No voy a ver a los convecinos porque no me gusta el chisme, y sólo es meterse con las vidas ajenas, ir de casa en casa desparramando lo que pasa en la primera, lo que sucede en las anteriores y así hasta recorrer la cuadra. Hay cosas más importantes para hacer. Limpiar el domicilio, la educación de los hijos, la ropa, la comida, el patio, qué sé yo.

Nuestra madre estaba siempre con el corazón dispuesto y el tiempo a disposición, el abrazo cálido, la sonrisa concluida, la palabra perfecta y esperada, lo mismo que los días diez de mayo en familia.

Qué alivio que este año no sucedería. Ya imaginaba Jorge el rostro de mi madre alumbrarse al entrar después del festejo en el restaurante y ver la caja del televisor sobre la mesa. Una pantalla plana por fin luego de todos estos años, diría. Pero puedo ver aún el rostro de Jorge descuajado, cayendo las lágrimas incontolables de sus cuencas desbo cadas, Qué arrepentido estoy, culpándose, Por qué lo dejé sobre la mesa, por qué, y su pesadumbre tenía sentido. Al arribar del festejo, mi madre quedó gratamente sorprendida y, no pudiendo conservar el ansia, abrió la caja y, llorando de felicidad, admiraba el regalo que su hijo consentido le hubo dejado mientras estaba fuera. No quiso esperar la llegada de nadie de la familia para disfrutar la primicia. Tomó la televisión entre sus brazos y asentándola en la mesa donde estaba la antigua, la encendió. Un rumor saldría

de su espalda por las vértebras y la dolencia estremeciendo el cuerpo de la anciana la orilló a caer sobre el sofá. Gritaba con la mayor de las fuerzas posibles sin que alguien la oyera, hasta que remotamente una vecina escuchó. Apresurada, telefoneó a Jorge, Tu madre está mal, no se puede mover del sofá y grita que tiene un dolor horrible en las espaldas, y ésas fueron las carreras últimas de la casa al hospital, del hospital a la casa, del médico a las farmacias, de las medicinas al funeral. Y las palabras culposas de Jorge aún retumban en el pasillo de los velatorios, Por qué. Lo último que recuerdo a la Tía Eugenia decirme, Vámonos, no tenemos nada qué hacer acá, acá no está mi hermana ni tu madre, aquí está sólo un cadáver.

SIETE

Ya llevamos más de cuatro whiskys Rubén, ¿o no?, No sé, Sí, no más que el de la película, ni superamos a los norteamericanos de los años setenta. ¿Te has fijado cuántos tragos lleva el protagonista?, Un sinfín. Bueno, ahí está. Todavía tienes ataques de ira, verdad. ¿Por qué lo preguntas?, Por la forma de contestar.

Y cómo no tener ira. Hubo un tiempo en que los militares llenaron esta casa. Los cartones de cerveza circulaban desde la media tarde, Felipe daba su tanda y se confiaba de ir a conseguir, de meterlas al refri, te abría tu cervecita e invitándote a bailar, todo mientras los otros eran precavidos para cumplir los deseos de la loca, Un cigarro, No hay, e iban a comprar inmediatamente, hacían de comer platillos del norte del país, Coahuila, Nuevo León, Nayarit, Sonora, frijoles charros, quesadillas, y en algún momento de la tarde, salían la guitarra y el ron, con canciones como *Paloma, de dónde vienes, vengo de San Juan del Río* o *Chiquitita*, y casi a la noche las románticas, y el baile de cartoncito de cerveza, luego las polcas, que nunca me gustaron déjame decirte. Para cuando las luces de la noche se prendían iniciaba la sesión disco, Donna Summer y *Last Dance*, o *Love to love you baby* y el dueto con Barbra Streisand *No more tears, I remember yesterday*, y el himno Gloria Gaynor *I will survive* o *Qué alta está la luna*. El pasillo de la casa entre la sala y comedor se

transformaba en salón de baile y los hombres, tres para cada loca, hacían bolita, y besos hasta el amanecer y un amor diferente cada día. Cuando el alcohol se acababa, en tiempos de la prohibición, acudíamos al clandestino del Wol-Pooch para adquirir unas botellas de Bacardí o Solera, y la fiesta se extendía hasta el alba o un poco más, en un desayuno de cerveza y huevos al gusto.

Ya no hay nada de eso, me quieres sin ira si la vejez y la gordura han hecho su trabajo definitivo de tiempo en mí.

No digamos el tema ya mil veces enumerado del peso, Ya me da flojera que hables tanto de lo mismo, Flojera es la que tenemos para dedicarnos más a nosotros. Nuestra cintura de hipopótamo y la monserga de kilos que han ido de uno por año, el corazón sitiado por la grasa que obliga al resuello silbado y asfixiante, y como no hay pecado grave cometido pues comemos y comemos como único placer, Si hay pecado, el alcohol, Bueno, un pecadillo los fines de semana, Pero regreso al punto de la carne y la madriguera de su acumulación, el postrecito y el café, las galletas reservadas de la alacena, las nalgas infladas y el trasero mofletudo, las formas inoportunas, impensadas, abotijonadas en las lonjas, como vaca tripona de tonelaje, los jamones adiposos que han logrado adherirse sin piedad en cada centímetro del cuerpo.

De por sí tengo esto hereditario de la ira y le aumentas la venganza de Dios y los años, cómo podría no sentirla más arraizada que nunca, más doliente que jamás. Reconoce que la edad no ha sido nuestra aliada, Ramiro, reconoce que la monserga de las épocas mozas está totalmente fuera de contexto. Claro, tenemos la experiencia y la desfachatez del conocimiento, que no en balde se vive, aunque hay una paga durísima; el presentimiento atávico de la muerte, aga-

zapada en cada dolor de pecho durante el sueño, en cada síntoma anormal del cuerpo, ya ves el tumor y tú, y yo ya llevo el reflujo del esófago dos veces, los trastornos del dormir que los gringos llaman atinadamente *sleeping disorder*, las obsesiones cada vez más cruentas, las crudas que duran dos días y algo más, el rostro ajado de la juerga, Y el espejo no miente, tienes razón Rubén, Y uno sabe que nada miente, no miente el dinosaurio del deseo que llevamos en el pecho y levanta la piel ni la belleza de los muchachos veinteañeros, y que el organismo ya no responde con las mismas ansias. La boca recibe aún los latigazos de las ganas, pero algo te dice que ya no es tiempo, una cobardía que se aguza entre las manos y en las piernas. Es la edad. La maldita edad. La tumba parece más cerca que las venas hinchadas, los movimientos saltarines y las caderas sueltas se sustituyen por meneos torpes que terminan con dolores musculares al día siguiente y varios más. Qué panorama tan desolador pones. No pongo, es, Ramiro. Qué estamos viendo en la película, justo eso. Mira cómo al pobre protagonista se le cae la baba detrás de la jovencita y pierde todo interés por su antigua amante. Lo suple con alcohol, con qué más. Es la frustración de la falta de las luces de bengala cotidianas que lleva la juventud, y a cambio migajas te da la mordedura y el agobio de la vida que se va. Todo es como en tardanza, más lento, menos intenso, salvo las emociones y los argumentos, que suben de tono como han bajado los reflejos de genio. Sobrevive uno gracias a que se flagela y retroalimenta sin dárribarse por el desaliento pues todavía puedes sostenerte en pie por ti mismo, caminar sin depender de la voluntad extraña o ajena, un poco más calmo pero las decisiones las tomas bajo tu propio riesgo, la pulcritud es aún asunto personal y la prudencia de las palabras o su desatino pasan por el proceso autónomo del delirio privado, único.

De todos los militares recuerdo a Apolo, el que salía con ese nombre cuando volaban sus aviones te treinta y tres por las mañanas. Era un Apolo. Lo caramelo de los ojos luchaba contra el pelo castaño, y la luz que despide la piel de los veinte años en un hombre que se sabe hombre, es inconfundible. Me lanzó el número de teléfono de su casa en un papelito, frente a todos en la mesa donde comíamos, ante la mirada atónita de las otras dos locas y los demás militares, y dijo, Me llamas o qué, Por supuesto, Qué loca no lo haría. La primera vez que salimos fuimos a cenar a un restaurante italiano donde un grupo de esos chafiretes locales tocaba jazz. Se comportó como el caballero que era, galante, cuidadoso. Claro, en mi coche, porque él no tenía, y yo pagué, porque a él no le alcanzaba. Sin embargo compró una flor para regalarme sin inmutarse por el atisbo incrédulo de los otros comensales, me abrió la puerta del copiloto para que me suba pues decidió manejar él, ayudándome a ponerme en el asiento. Llegamos a la casa, puso el coche en reversa en el garaje y, luego de tomar las llaves de la casa del compartimiento junto a la palanca de velocidades, abrió las puertas hasta el cuarto, se quitó las ropas y acostado me demandó con cierta dulzura, ¿Me das un masaje? Nada de esto perturbó que nos viéramos algunas veces más antes de la llegada de su novia de Monterrey, incluso salimos un par de citas los tres juntos.

Ahora Ramiro, no sabes quién es quién, qué quiere quién, en fin, es una confusión de deseos y roles que te marea. Tienes razón, los jóvenes andan muy experimentadores y en aras de ello cambian muy fácilmente. El otro día un alumno llegó impactado porque su compañero de casa le orinó la computadora y la impresora con su trabajo de la universidad hecho. Todo por una confusión de borrachera, pero lo más inimaginable fue que se metió en su cama y se la

empezó a felar. Nunca dio muestras del más mínimo intento, me dijo, los dos tenemos novia y él se va a casar a fines de año porque ya la embarazó.

No hemos visto del todo la película, nos la pasamos platicando. Yo la vi muchas veces, te la puedo contar. No, se trata de que la fuéramos a ver sobre todo por la escena de Bo Derek corriendo por la playa, es una clásica, ¿no?, Sí, pero es hora de otro whisky. La Bo de Yucatán, cómo contradecirla.

Y pusimos pausa.

OCHO

Leíste las noticias en la mañana. No, qué pasa. Mataron a Pedro. Cómo. Chicolomo, De la manera que matan a todas. Salió el domingo por la noche a fichar, cosa que nunca hace, tú lo sabes, subió a un tipo, lo llevó a su casa y resultó ser el asesino. Otros subimos al ladrón, al mayate, al depredador, pero no, esta vez fue el homicida. Encontró a su victimario, como marcan las estadísticas. No lo puedo creer. Con los estudios que tenía, el trabajo tan importante que realizó en su disciplina, lo cuidadoso que siempre fue, no lo puedo creer, insisto. Pues insiste pero así sucedió, Espera un poco, que tengo que lavarme los dientes. ¿Los dientes? Sí. Es que tengo un problema muy fuerte con la suciedad en los dientes. ¿Qué? Mira, mi madre siempre me decía que no hay nadie más cochino en el mundo que alguien que no se lava los dientes. Los dientes son la carta de presentación de cualquiera, la puerta que abre el mundo de un negocio, el amor, la amistad, la compañía. Nadie quiere un amigo con mal aliento o chimuelo, hijo, cómo crees que alguien va a querer besar a un tipo cuya dentadura es un desastre, qué mujer querrá. Y ninguna, claro, porque ni loca lo permitiría, o estaré enferma acaso, pero qué hombre querría. Así que en medio de todo no puedo mantener ni media conversación con alguien si no tengo los dientes limpios. ¿Pero, a la mitad de la borrachera, en lo mejor de los whiskys?, No importa, seguimos bebiendo luego, pero no soporto la boca sucia. Un día

fuimos a una cena elegante en el Country Club, de esas noches memorables donde sirven platillos exquisitos de chef internacional, vino blanco, licores importados y postres de la región. Pero cuando llegué a la casa y luego de lavarme los dientes, acostado ya para dormir, sentía los dientes aún sucios, como si no me los hubiera limpiado nunca, y me paré a lavarlos una y otra vez, no sé cuántas, hasta que a las cinco de la mañana ya por el cansancio y el dolor de encías, pude conciliar el sueño. Desde esa noche, no sé por qué, tengo la sensación de que los dientes los tengo sucios, como si hubiera comido botana y antojitos todo el tiempo. Hay días que debo lavarme hasta tres veces antes de ir a la cama.

Rubén se fue al baño y cuando regresó a sentarse tomó su copa como si nada, sin importarle el sabor de la pasta dental combinado con el alcohol. Qué decías de Pedro. Ayer encontraron su cuerpo en su casa. Qué pasó exactamente. Salí el domingo a tomar una copa, dijo a varios amigos que estaba muy solo, Llevo una vida demasiado entrampada en el trabajo, solitario en casa, mi círculo de amigos se reduce a algunos en la oficina y la familia cercana. Difícilmente logro acrecentar una relación de amistad con algún chico. Todas mis relaciones han sido un fracaso. Con Ramiro, le decía a la Brittany, pasé los mejores años de mi vida cuando salí del closet, experimenté mi primera relación formal, tanto que nos fuimos a vivir juntos a la casita de *Brisas del Norte*, ¿te acuerdas?, y pusimos la casa y nos pasamos a vivir un mes de mayo, lo tengo en la memoria fresco porque fue justo antes de mi cumpleaños, el veintiuno; compramos los muebles, hicimos aquel librero de pino para que Ramiro ponga sus libros, aquellos primeros que compró para iniciarse como escritor, uno de *El arte de escribir* de un francés, un tal, donde, me dijo, hablaba de estilo y tema, formas e historia literaria, y el primer escritorio que com-

pramos para que empiece unos poemas que luego le sirvieron para ganar una beca en poesía de esa asociación de escritores a la que pertenece ahora y que les dicen que son una mafia, pero que a mí me parecen buena gente, a pesar de que los critican tanto de sus becas y sus premios y su ego y la cercanía con las instituciones culturales y los gobiernos, que un no sé qué de independencia de los intelectuales para fincar mejor su ética, en fin, Ramiro escribía en sus tiempos libres, y yo lo observaba desde la hamaca y pensé, Esta es la felicidad, por fin se acabaron mis tribulaciones, sólo ver a Ramiro era suficiente para sentir que la vida por fin me había pagado los dolores, la soledad, el infierno, Sí, contestaba la Brittany, habías regresado de Estados Unidos una vez terminada tu maestría en suelos porque tu hermana había muerto en un accidente automovilístico, y el desconsuelo de tu mamá era infinito y tú eras el más grande de la familia, el hombre para soportar a la tribu familiar, ¿cuántos fueron ustedes? Ocho, pero Ramiro entró a mi vida y todo cambió porque él era alegre, fiestero, se reía de todo y a la vez lograba ser sensible y escuchaba, y todo drama se convertía al final en un pequeño problema salvable, y su único momento serio surgía sentado en la máquina de escribir cuando hacía poemas, poemas dolorosos, poemas de soledad, una soledad que parecía no tener él y no sé de dónde la sacaba si siempre estaba lleno de amigos y no hubo un día que no surgiera una fiesta, una ida al cine, un cena, un compromiso, Eran los años ochenta Pedro, en los años ochenta no teníamos tiempo para pensar en el dolor porque siempre tuvimos una canción que nos alegrara, Madonna, Michael Jackson, Yuri, Flans, Timbiriche, el dinero daba para los gastos cotidianos y las fiestas, en las casa siempre teníamos un botella de ron y cervezas, música y nos sobraba el tiempo, mucho, contábamos con mucho tiempo, no sé qué pasa ahora que ya no da el dinero y ya no hay tiempo ni

para hablarnos por teléfono, Es verdad, tal vez por eso los años al lado de Ramiro los recuerdo con tanto cariño, y nostalgia también, yo lo hice que saliera a correr, el jogging le trajo mantenerse en forma, ahora que lo vi el otro día ya engordó horrible, tiene como veinte kilos más, aunque nunca fue delgado pero se veía bien, qué le ha pasado, Como todos nosotros, se ha descuidado y se dejó, Terminar fue la cosa más difícil del mundo, tuve que empezar de nuevo, verlo de nuevo me causó un doble sentimiento, por un lado un gran cariño y respeto, sé que es muy reconocido y logró lo que quería como escritor y por otro lado percibí que en lo físico sí anda mal, tal vez juntos hubiera logrado que se mantenga en forma, ¿no crees?, Pues tal vez, no sabría decirte, Ramiro es muy terco y flojo para el deporte, aunque muy bueno para las letras y lastimar, No olvido la carta que me dejó el día que me salí de la casa, tremenda, con un filo de aquellos, y el que lloraba era él a pesar de que las ofensas las recibía yo, y Ramiro un mar de lágrimas cuando el que partía era yo. Tengo que aceptar que no todo era tragedia. Hubo fiestas, porque para eso se pinta solo Ramiro, divertidísimas. Además duraban hasta tres días seguidos, y no se cansaba nunca, bailaba y bailaba y bailaba, otra vez Flans, Alaska y Dinarama, los Bee Gees, Donna Summer con *Parque Mac Arthur*, y repetían las canciones una y otra vez, con coreografías y todo, allá estaban las muppets, Laura, Ulises, Ferdinand, en fin, borracheras de las cuales yo tenía que quitarme temprano porque ya no aguantaba más y pues como no bebo alcohol salvo el baile lo demás me parecía muy denso, y allá dejaba a Ramiro emborrachándose y no te voy a mentir, algunas veces cuando llegaba muy borracho aparentemente se desinhibía más y era muy juguetón, lo sexual entonces se tornaba mejor y cachondo, erótico, atrevido, Primero te quito la camisa, despacito, y el pantalón con los labios y la ropa interior todavía no, pérate mi bom-

bón, dame chance, borrachísimo casi en francés no español, me decía cosas al oído y me pegaba los labios en la oreja volviéndome loco, totalmente loco; la boca se deslizaba sobre mi ropa interior en medio de una excitación sin medida, y bajaba lentamente para cuando me desnudase aquello no tuviera freno. Pero no todas las borracheras terminaban igual, no todas. La última fue terrible. Bebió todo el ron que pudo esa noche, ya estábamos mal, la relación tronando y sus indirectas subían de tono. Fuimos en mi coche a casa de Ulises para no llevar cada quien el suyo, craso error, y de repente se pone a llorar, Tú no me quieres ya, seguro tienes a otro, no sé qué te he hecho para que me trates así, y el llanto, el drama y el rechinar de dientes, hasta que me cansé y le dije, Vámonos ya, no aguanto más ni la fiesta ni tus reproches, Y sale fletado conmigo pero borrachísimo, y a mitad de camino se suelta a vomitar mi coche, arriba, abajo, a los lados, por donde se pudiera, y llegamos a la casa y cae como un tronco, Y ¿quién crees que lavó todo, y lo acostó, y lo cuidó, y no durmió nada? Pues yo. A eso de las cuatro de la tarde que abrió sus imperiales ojos, yo hecho una furia, No podemos seguir así, le dije, No quiero vivir el resto de mi vida con un alcohólico, ya tuve un padre así, no deseo una pareja de la misma clase, Pues yo no pienso dejar de beber, Pedro, así que qué vamos a hacer, Pues yo no puedo seguir esta relación de un año casi, Pues tendrás que irte, me dijo, y se puso a llorar, o sea, él se puso a llorar, ¿lo puedes creer?, En fin, esa vez fue la última que estuvimos juntos, yo me salí, puse una casa que compré, encontré otra pareja con la que me fue igual de mal por lo que decidí irme a Estados Unidos de nuevo a terminar un doctorado en Filosofía y Letras y mira lo que son las cosas, Ramiro una vez fue a visitarme a Florida, y nos hicimos amigos con el tiempo. No lo voy a negar, lo quise mucho, fue mi primer amor, pero fue imposible seguirle el paso, Ha cambiado,

Pedro, ahora se ha vuelto más relajado, menos pasional, y cuida mucho las formas por el ambiente de intelectuales en el que se mueve, No lo dudo, he leído sobre él en los periódicos, me da gusto que le vaya bien. Y si tú piensas que esas eran borracheras, ja, deja que te cuente las que realmente lo eran. Solíamos irnos de juerga Ferdinand, Ulises, Ramiro y yo, ¡Pero juergas! y como de costumbre ya entrada la madrugada nos era fácil acabar en la única disco gay que había en la ciudad, Disco Charros, allá veíamos un show travesti de pacotilla, pero qué se le puede hacer cuando no hay de otra, donde las locas se burlaban de las travestis y las travestis odiaban a las locas, y aparecía una que imitaba a Rocío Jurado que cantaba *Como una ola tu amor llegó a mi vida, como una ola*, escupiendo un poco a las de la primera fila, bueno no se la acabó la pobre Jurado pues un día sacan las locas sus paraguas las muy malas y la otra fúrica entra de nuevo al camerino y se pone a llorar, mientras las demás travestis tratan de consolarla y de enviarla de nuevo al escenario, el dueño les gritaba, Niñas, no les pago para que vengán a llorar ni esto es un diván psiquiátrico, les pago para que hagan show y contenten a la pinche audiencia, es que así, aquí sólo hay de dos sopas, o salen al escenario y cantan, o se van, Y es que la Octavia era una verdadera perra, una vez sacó a Ramiro de la disco con el pretexto de que en el baño estuvo molestando a alguien o haciendo actos indecorosos, pero por Dios, en una disco gay de show travesti ¿actos indecorosos?, o sea, *hello*, a quién se le ocurre que se va a una disco gay a hacer actos púdicos, en fin, Ferdinand tuvo que intervenir para que Ramiro pudiera entrar de nuevo, y luego el alcohol de nuevo corría por la mesa y los tragos a los hombres y mayates que iban a bajarle a las locas su dinero, y ellas felices, mientras más pagaban más felices, pero a eso de las nueve de la mañana y con toda la borrachera encima, salíamos tambaleándonos hacia el mercado grande

a comer cochinita pibil, tacos o sándwiches, Pero como para los Ferrez, decía Ferdinand, claro que no te pierdas la estola fucsia que llevaba en el cuello que había sacado de la cajuela del coche proveniente de no sé dónde, una fiesta anterior, carnaval, halloween, habiéndola arrastrado por todo el mercado antes de llegar a la cochinita para pedir tacos y franceses como para los Ferrez, y no te pierdas a Ulises que ya había caminado sobre los periódicos y botado las manzanas y pisado las revistas, mientras Ramiro y yo también borrachos nos reíamos desencajadamente de las dos locas. Qué bueno que no estuve, dijo Pedro, creo que hubiera sido demasiado para mí. Confieso que me divertí mucho al lado de Ramiro, pero luego de nuestra separación para mí todo fue muy difícil. Llegaba a la casa y sentía el peso de la soledad hasta en las paredes. Creo que luego de eso nunca pude saber de nuevo qué era la felicidad, aunque sí lo supe al lado de Ramiro, mi madre lo adoraba y todos mis hermanos y hermanas lo veían inclusive con más cariño que yo a veces, sobre todo cuando lo veía borracho, seguro lo querían más ellos, porque yo no, Exageras un poco, sabías que vivíamos en la parranda, pues cómo se conocieron, Sí, tienes razón, en realidad ya nos conocíamos pero nos volvimos a ver en aquella disco donde amenizaba Mami Blue el espectáculo, que no era tan malo, No, ese estaba bien, no tiene nada que ver con el de Disco Charros. Entonces no nos quejamos tanto, que nada fue un engaño, No, ni nada fue un error, sólo salió mal.

Esa fue la última plática que tuvo con la Brittany. Quince días antes yo lo vi en un *mall* y luego en el periódico aparece, Asesinan a prominente investigador, qué horror. Le destrozaron la cabeza hasta sacarle la masa encefálica. Terrible, no me platiques más. Pero fue la soledad la que lo orilló a salir y buscar esa aventura que lo llevó a la muerte, Lo de

todas Rubén, la soledad, qué otra cosa nos mueve en esta puta vida sino la soledad que es una condición desde que nacemos y con la que cargamos cada día, Callemos y sigamos con lo nuestro, porque esta plática me va a dar ira y además debo lavarme los dientes de nuevo.

Y seguimos viendo la película campantemente.

NUEVE

La marcha ha servido para una mierda. Por qué en lugar de pedir que los comprendan y acepten, no se quejan de algo más significativo como, Locas las están matando igual a moscas, y ustedes exigen respeto cuando nos están eliminando como a los judíos por los nazis, Locas. Tontas, estúpidas, retrasadas. Que no se dan cuenta. Van cantando en un carnaval de demandas, sin darse cuenta que la misma sociedad se está burlando de ellos. Los criminales, la policía, el gobierno, los medios de comunicación. Pero dilo sin ira, inténtalo, No puedo, es más fuerte que yo.

Llevamos años de marchas gays. Y qué logramos. Un desfile pluricromático de pucheros, eso dicen los jóvenes. Qué palabra tan fea, es discriminatoria. Sí, sé que la odias. Claro, de qué sirvieron tres siglos de derechos humanos. Pero es la verdad. Estamos en nuestro derecho de manifestarnos, correcto. La libre expresión de las ideas, sí. De acuerdo. La diversidad y los logros de la sociedad civil, indiscutible. Pero dime si es necesario discutir en las calles y las plazas que tu padre o tu madre te acepten, ¿no es algo que debe forjarse en la cocina de tu casa, en tu cuarto, en la sala íntima? Ir al baño es algo natural y no vamos gritando por la calle a qué hora y cuándo estamos a punto de hacerlo, ¿o sí?, No, pero, Pero nada, bien lo decía mi madre, Los trapos sucios se lavan en casa, o acaso crees más prudente salir con Ló-

pez Dóriga a contar, Bueno yo soy gay, lo supe desde los cinco años, cuando los pollitos de mis amigos en el maternal me llamaban más la atención que las letras o las enseñanzas de las maestras, Pollitos en fuga, como la película, Loca, y *one little, two little, three little indian boys*, tuvieron de interesante sólo ver a los niños indios desnuditos para mirar sus pirrinis, Pero mire don Joaquín, la historia apenas empieza allá, porque en la primaria mis amiguitos me arrinconaban y me decían, ¡Putito!, y yo muerta de pavor, no lograba más respuesta que el azoro, la perplejidad, el silencio, los ojos hinchados, las piernas temblando, las manos frías en medio del calor de cuarenta grados del mes de mayo, y el acoso de los demás, ¡Putito!, y fue hasta que bajo el influjo de quién sabe qué astro, con la venia de algún dios misericordioso de la piedad, Apolo, tal vez, era el destino, saqué fuerzas un día, como rezaba mi madre cuando algo la hartaba, al chorizo los pastores, se acabó la navidad, y le dije a uno de los más fastidiosos, Putita tu mamá, y, Nos vemos a la salida, en el parque, y, El que escupa de primero. Un golpe se siente de impacto sacudidor, pero infunde la adrenalina para devolverlo, otro abajo, caemos al suelo, nos revolcamos y sale la furia hereditaria, la ira genética, mi ojo izquierdo morado, el ojo derecho del maloso oponente vaseado. Los dos a la dirección. Imagina don Joaquín al putito llamado a la dirección por peleonero, pues así fue, *believe it or not*, Si no viene su mamá no entran a la escuela, Imposible señora directora, mi hijo no es un santo pero está muy bien educado y sólo provocándolo hay factor para que se comporte de esta forma, El niño de sus ojos, creará usted señor López Dóriga, Así que la próxima vez, dijo mi madre, yo misma vengo y me los sueño y no habrá poder que me detenga, No oigo no oigo soy de palo tengo orejas de venado, me repetía a los siguientes ¡Putito!, mientras la confusión entre los que querían que se las chupara y los que me gritaban putito, mas

todo se recrudeció en la secundaria donde mis amigos visitaban a las primeras novias y yo acompañaba a mis amigos a visitar a sus novias para estar con ellos. Ellos querían besarlas y yo deseando besarlos a ellos. Ellas para mí sólo compañeras que muchas veces como Beatriz, la más bonita de todas, ilusión de la escuela entera, sueño dorado de los basquetbolistas, puñetas mentales de los futbolistas, hilo de Ariadna de los Teseos adolescentes. Beatriz hermosa, sí, alucinación de los muchachos preparatorianos que se acercaban al plantel, fantasía de los maestros hincados a sus pies quinceañeros y frágiles, quimera insólita de los pupitres aledaños y sus ensueños, don Joaquín, sólo a mí me hacía caso, sólo conmigo quería estar, y yo era la envidia de todos, moros y cristianos, se me untaban para estar con nosotros, me ofrecían ir detrás del teatro junto a los árboles de tamarindo si aceptaba que nos acompañen a casa de Beatriz, si permitía que hicieran la tarea juntos, porque yo le daba a Beatriz las tareas hechas, la dejaba copiarme en los exámenes, le hacía sus ejercicios escolares, resolvía cualquier problema de química o física, llenaba sus cuadernos de taquigrafía para las entregas finales. Pero qué iba a quejarme si me cedían las migajas de amor de los más bellos chicos del momento, qué importaban los insultos de algunos si yo reconocía la mercadería antes que la bella Beatriz.

La prepa fue más prodigiosa. Hubo un equilibrio ya con la fama de ser el más aplicado de la clase, el mejor promedio de toda la generación, y los flojos que siempre son los más guapos, los de los deportes, los de la diversión y lo perverso, se acercaban para ser ayudados y ocupar el lugar vacío que dejó Beatriz. Por vez primera las enseñanzas de mi madre sobre la bondad y el amor, esa cortina que nos puso entre la casa y el mundo, se rompieron, y vi la verdadera faz de los de afuera. La envidia, el rencor, la maldad, el interés,

la mentira y todos los mecanismos que mueven a los que te rodean. Sexo, poder y dinero.

Porque no me dirás que las locas van al gym sólo para ser bonitas sino para tener poder, sexo y bueno, se presupone que el dinero lo tienen, las locas siempre tienen dinero. Mira que te las puedo clasificar fácilmente por la velocidad en millas por hora que le ponen a la caminadora, por ejemplo si marcan velocidad dos, pues son las locas bobas, que a lo más que llegan es a tres; pero si le ponen velocidad cinco se trata de una loca clasificación regular que desea ser una triunfadora. En el caso de las que van a seis vemos a las esforzadas, que corren, corren y corren y se mantienen en forma, pero están las últimas, las que ponen siete de velocidad y en la parte del spring aumentan a ocho, esas son las machas, las que le hacen competencias a los forzudos del gimnasio y admiran cómo ellos se levantan las camisetitas ante todos los espejos, porque ve a un gimnasio y verás que lo que sobran son espejos, para admirar su abdomen lleno de cuadritos, duros, marcados, y se los miran en las máquinas de cardio y en las bicicletas y en los aeróbicos, las pesas y las caminadoras, mientras las locas desfallecen ante los cuadritos y se mojan una y otra vez cuando las camisetitas se levantan, y vaya que se levantan las camisetitas porque los chicos, especialmente los veinteañeros o los que rodean esa edad, viven para verse el abdomen en los espejos que rodean incansablemente las paredes del gimnasio. Pero bueno, estábamos en lo de Joaquín.

Liberado ya, empiezo la batalla cotidiana, la lucha implacable que tengo cada día que me levanto y debo ir a trabajar para sostener el modo de vida que he escogido tener. No es grave, no nada mayor que la inmensidad de los mexicanos don Joaquín, sólo que mientras usted, o cualquier otro caba-

llero de su amable auditorio que nos permite la entrada a sus hogares, puede ir a un bar y flirtear con una chica e iniciar tal vez, por qué no, más adelante, una relación, si yo voy a ese mismo bar y trato de flirtear con algún caballero que nos hace el favor de mirar, acabo con un ojo morado y mañana tendré que llegar al trabajo con un bistec en la cara para la hinchazón.

¿Tú crees que a López Dóriga le interese la entrevista?

DIEZ

La ira y la muerte tienen su pedestal en lo mismo, la ausencia. Las palabras con las que les damos forma son siempre un horizonte donde no está el otro. Marcamos sus bordes por la extinción, la inminencia de uno mismo desde el abandono. Es la espera a que llegue lo que nunca llegará. La sofocación del vacío y su fuerza brutal. Un velar sin víspera ni tiempo, extrañando como una necesidad, todo lo que se ha ido, con el nudo en la garganta en lugar de voz.

El tiempo está dentro de nosotros, sin cortaduras, pero moviéndose de arriba abajo, de un lado a otro. Mayormente de manera vertical. Este momento en el que hablo, alguien muere en algún lugar opuesto del mundo, ¿me sigues?, Claro, se acaba su vida pero la nuestra continúa, el tiempo de unos no es el de otros. Nosotros somos el tiempo, diría Paz, y creo que tuvo razón. Con nosotros empieza y con uno mismo termina. Igual el amor. Uno cree que construye para el amado el mundo que va creando, pero en realidad lo hace uno para sí mismo, con ese egoísmo dialéctico del hacer para los demás cuando sólo se sabe mirarse en su espejo, el narciso que somos, el narciso que fuimos. El río que fluye más de una vez por el idéntico cauce interno de nuestro reloj biológico. Heráclito dándose de tumbos contra la pared de enfrente. Si yo te preguntara qué tiempo fue mejor en tu vida qué me contestarías. No sé, la infancia Rubén, creo que la

infancia. Pues bien, por qué. Porque mi madre se encargó de hacérsela feliz. Detrás de las cortinas de la casa, que eran unas cortinas de protección contra el mundo y sus criaturas, la casa era un lugar de felicidad. La risa nos invadió siempre y la fiesta de la vida la duraba todos los días. Mis abuelos maternos tenían una fábrica de dulces, ¿te imaginas la felicidad que eso fue para nosotros?, como apunta Rosa Beltrán, el paraíso que fuimos. La fábrica de dulces era la casa y la casa la fábrica. Nos sentábamos en el regazo de mi abuelo y no hacíamos más que probar sunchos, besitos, tehuanos, gomitas, y vimos a mi abuelo poner en las revolvedoras el azúcar blanca, blanquísima como nieve remota y nórdica, y su perfume tropical y húmedo nos embriagaba. El abuelo decía que el azúcar es néctar de los dioses, y darían su inmortalidad por tenerla a diario. Para nosotros es tan fácil como ir a la tienda y comprar un kilo, qué paradójico. Pero mi abuelo decía que el azúcar no sólo endulza la vida sino también el cuerpo, que no hubo nada más noble para dar energía al organismo. Claro, ahora que las teorías de los nutriólogos hechan abajo todas las propiedades del azúcar, pues mi abuelo sería el único sobre la tierra que la defiende. Pero la vida en la fábrica de dulces era un agasajo, créeme.

Eso encierra la memoria, trampa sumida en el extravío cuyo regreso es la lucha contra el olvido. ¿Dónde quedan los que hemos amado Ramiro?, Con qué palabras los fechamos y recobramos, ante qué incapacidad nos enfrentamos de cara a la muralla de la ausencia. No seas tan duro Rubén, la vida es más fácil de lo que parece, No, somos el tránsito a la inexistencia, conminados a la inútil fascinación de la vida cuya única esperanza es la desaparición. Nos queda el espejismo de nombrar esa desaparición. Es irrenunciable, como la mano en el fuego, habitar el malestar de la palabra para

decir ese tiempo de espera. Un duelo no pedido. Es indecente llegar a los límites de la aflicción para entender todo esto.

Bueno, gocemos un poco ese tránsito, si de todas maneras es difícil, Salud, Salud.

El whisky ha sido mi debilidad. Hubo una época en la que bebía vodka, pero me cansó su sabor fuerte y sobre todo el aliento en la cruda. Y luego se tornó muy caro, porque sólo el de importación sabía bueno, los demás eran una basura, los nacionales. Y luego los vinos mexicanos que estaban para morir al día siguiente. Padre Kino, Dios mío, nadie hubiese imaginado que un vino pudiera ser tan malo, pero era lo único que se podía conseguir. Malo, malísimo, pero lo único. Lo comprábamos en el restaurante de Paseo de Montejo a cualquier hora y a precio de oro, como si fuera vino francés de denominación de origen, de crianza. Durante casi un año estuve tomando brandy, inclusive entre la locura de una borrachera una amiga me ofreció, ¿Quieres vender brandy clandestino este año?, me lo traen de Belice, Sí, le dije muy quitado de la pena, pero cuando a las tres de la mañana me venían a tocar a la puerta, ¿tiene una botella?, yo me quise morir cada vez que alguien llagaba por una maldita botella, y en medio de la ira despertarse, hasta que decidí que era mejor tomarlas que venderlas, por lo que entre un amigo y otro nos fuimos acabando la dotación de brandys clandestinos, y uno salía dando tumbos y otros con sus coches en zigzag, y otros más en taxi, flameando al pobre taxista. Luego vino la temporada de cerveza. A mediodía, en la tarde, la noche, a todas horas. Desayunábamos con cerveza. Hasta que me cansé y decidí finalmente regresar a lo que siempre me ha gustado, lo mío es el whisky. Como el de la película. Aja, decía Rubén cada vez más lento.

Eso fue antes de la gran catástrofe de los años ochenta. La enfermedad *El mal de los homosexuales* que luego le llamaron clínicamente sida y que ya ha acabado con más de la mitad de nuestros amigos. No olvido que en los setenta un gringo era la persona más asediada en una disco gay, o que por ejemplo mis amigas bugas y mis amigos bugas daban la vida por irse a Cozumel y Cancún para ligar gringos y gringas un fin de semana, unas vacaciones de semana santa o en el verano, y que las locas éramos capaces de empeñar hasta la camiseta con tal de irnos al Krakatoa una noche para ver el espectáculo y luego bailar, bailar, bailar, Michael Jackson y su *Off the wall* sin límite de tiempo, hoy ya ves con la ley de bares y cantinas a las tres te sacan de cualquier sitio, bueno salvo El Cielo que, a decir verdad, pues El Cielo es El Cielo y como El Cielo no hay dos; y al salir del Krakatoa siempre había un gringo para cada una y una gringa para cada quien, según el gusto del cliente, y muchas veces acabó en matrimonio. Mas a partir de los ochenta y con el sida un gringo en una disco gay era un apestado, se quedaba solo como una ostra en su concha y casi pedía de rodillas para que le hagan caso, virando a ver igual que un radar a los trescientos sesenta grados, como en *El exorcista*, para tratar de ligar algo, lo que sea, por el amor de Dios y de Donna Summer nuestra gran diosa de las discos, lo que hoy equivaldría a implorar a Madonna, que mira lo chistoso termina en onna en ambos casos, pero en fin, te decía que el pobre gringo solo ni prometiendo usar doble condón muchas veces lograba llevarse a alguien a su hotel y fue cuando se puso de moda, entonces, lo *national wonder*, los jaliscienses, los norteños, por supuesto los defeños, hasta la Ferdinand sacó a vivir a un chico de Nuevo Laredo que, lo que son las cosas, llevan ya veinte años, larguísimos años de pareja. De allí que ya nadie presume, Tengo una pareja de Estados Unidos o de Suiza, Porque el último suizo que supimos como

pareja de Miguel, nuestro amado Miguel, murió también de sida y ahora es rarísimo que alguien se atreva a tener un extranjero porque, equivocadamente, es un síntoma de que morirás de sida. Así que en los ochenta la gente dejó de ir a los baños de vapor en Estados Unidos, lo hacía Ángel, te acuerdas, y por eso contagió a Jacinto, dicho sea de paso, inclusive falleció diez años antes que él, y por algún motivo en las discos gays de Estados Unidos también empezó la conciencia ésta de usar condón y la venta en aparatitos improvisados que encuentras ya en todas las discos de gringolandia, porque nadie quiere morir de esa horrible enfermedad ya que serás señalado con el dedo igual a un roñoso pues es peor la razón de, Murió por puto, le pegaron sida, que bueno la gente muere de una y mil cosas hoy día y cualquier pito dulce le puede contagiar a su mujer o a la pareja el sida por andar soltando la manguera en cualquier jardincito. No fue el caso de Jacinto a quien yo mismo, con estos ojos que se han de comer los gusanos un día y espero que no sea por sida o por puto al que le pegaron sida, cuya decrepitud fui comprobando cada vez que lo visité, primero en su casa y luego en la de sus papás cuando ya no pudo más y necesitó que lo atiendan al final en los últimos dos o tres meses previos a su muerte. Recuerdo que fue la navidad anterior en un desfile de modas que le vimos la cara ya con la marca indeleble de la muerte dibujada en el rostro, No bajes más de peso Jacinto, ya estás muy flaco, le decían, No, no se preocupen eso es todo lo que voy a bajar, respondía, Y Ramiro, me confesaba Ángel, ya le dije a Jacinto que tiene que comer bien porque lo que nosotros tenemos no es fácil, Mira que era mil novecientos ochenta y nueve y para mí fue un shock la primera noticia y los primeros amigos que me lo confesaban así de abierto, Pero Ángel, qué es lo que tiene, Pues aids, por sus siglas en inglés, Aids Ramiro, Y yo me quedé petrificado, Quién no, Y desde eso visité

a Jacinto todos los días en su casa antes de irme a trabajar cada mediodía y luego vine a tu casa Rubén a llorar como Magdalena porque era un drama de la vida real como Silvia Pinal cada visita. Ya decaído e imposibilitado a muchas cosas y ante la ineficacia y aturdimiento de Ángel lo llevamos a casa de sus padres para que tuviera mejor atención. Si bien al principio inclusive viajaron a Miami para intentar buscar medicamentos y métodos para mejorarlo, fue imposible hacer que se recupere. En mayo tenía un viaje a Europa de vacaciones que había programado desde el año anterior y pues ni modo, me despedí de Jacinto y le prometí que al regresar seguiría visitándolo como siempre. Él me decía, Ramiro ya no aguanto más, si de todas maneras Diosito me va a llevar, si me voy a morir, de una vez, de una buena vez, ya estoy muy cansado, que sea de una vez. Cuando regresé de Europa su madre me dijo que ya tenía el sarcoma y que estaba tan deteriorado que no quiso ver a nadie más. Me enteré por unas amigas que fueron al velorio, que por cierto lo hicieron bajo la religión de los padres, testigos de Jehová, que había muerto a principios de julio y nunca nos enteramos los amigos gays, sólo para que mancháramos la reputación testiguiana de esta gente, Qué horrible, no me digas más que me da ira de nuevo, ponle *play* a la casetera que ya nos queda poco de la película.

Y pusimos *play*.

En las últimas escenas de *Diez*, el protagonista regresa con su mujer que tiene la misma edad que él. Es la zona segura frente a la modernidad y sus formas. La paz que ofrece lo conocido e inequívoco. En el departamento del vecino, un colérico contiguo, el voyerista desencantado que siempre le dio espectáculos a Webber, rompía uno de los telescopios con el que se observaban mutuamente y cerraba para

siempre sus cortinas, *Nunca más George, nunca más me verás*, decía muerto en rabia. Y Bo Derek no vuelve a aparecer en pantalla.

Finalmente te has comunicado con Tino. No, definitivamente una más rica y menos gorda me lo ganó. Qué le vamos a hacer, fue diciendo lento Rubén, quedito, durmiéndose, tal vez soñando con el tal Juan Rulfo que le devolvió la palabra de su madre o la visita improbable de Tino, en el único momento que parecía no tener ira; la señera forma de engañarlo, porque ni ebrio, mientras sobre la mesa de la cocina quedaban dos botellas vacías de whisky y en la pantalla de su *home theater* salían los últimos créditos de *Diez*, la película que hizo famosa a Bo Derek, la mujer perfecta, Rubén y yo acompañábamos nuestra soledad.

ÍNDICE

Uno	9
Dos	23
Tres	33
Cuatro	43
Cinco	51
Seis	57
Siete	65
Ocho	73
Nueve	83
Diez	91

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

RECTOR
José Narro Robles

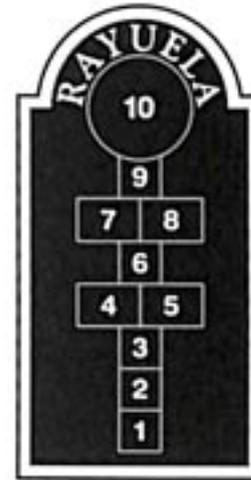
COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL
Sealtiel Alatríste

DIRECTORA DE LITERATURA
Rosa Beltrán

UNIDAD EDITORIAL
V́ctor Cabrera
Ana Cecilia Lazcano

Cómo engañar a Bo Derek, Textos de Difusión Cultural, Serie Rayuela (nueva época) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 5 de noviembre de 2011 con un tiraje de 1 000 ejemplares sobre papel cultural de 90 gramos en Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V. La tipografía se realizó en tipo ITC Veljovic Book de 11/13 y 10/11 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Ediciones de Buena Tinta S.A. de C.V.

TEXTOS DE
DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM



Eduardo Castrejón (seud)
Los cuarenta y uno:
Novela crítico-social

Antonio Tenorio
Pliegue

Margarita Peña
El amarre

Mayra Santos-Febres
Sirena Selena
vestida de pena



Ilustración de la portada: "Encrucijada", Luis Alberto Ruiz